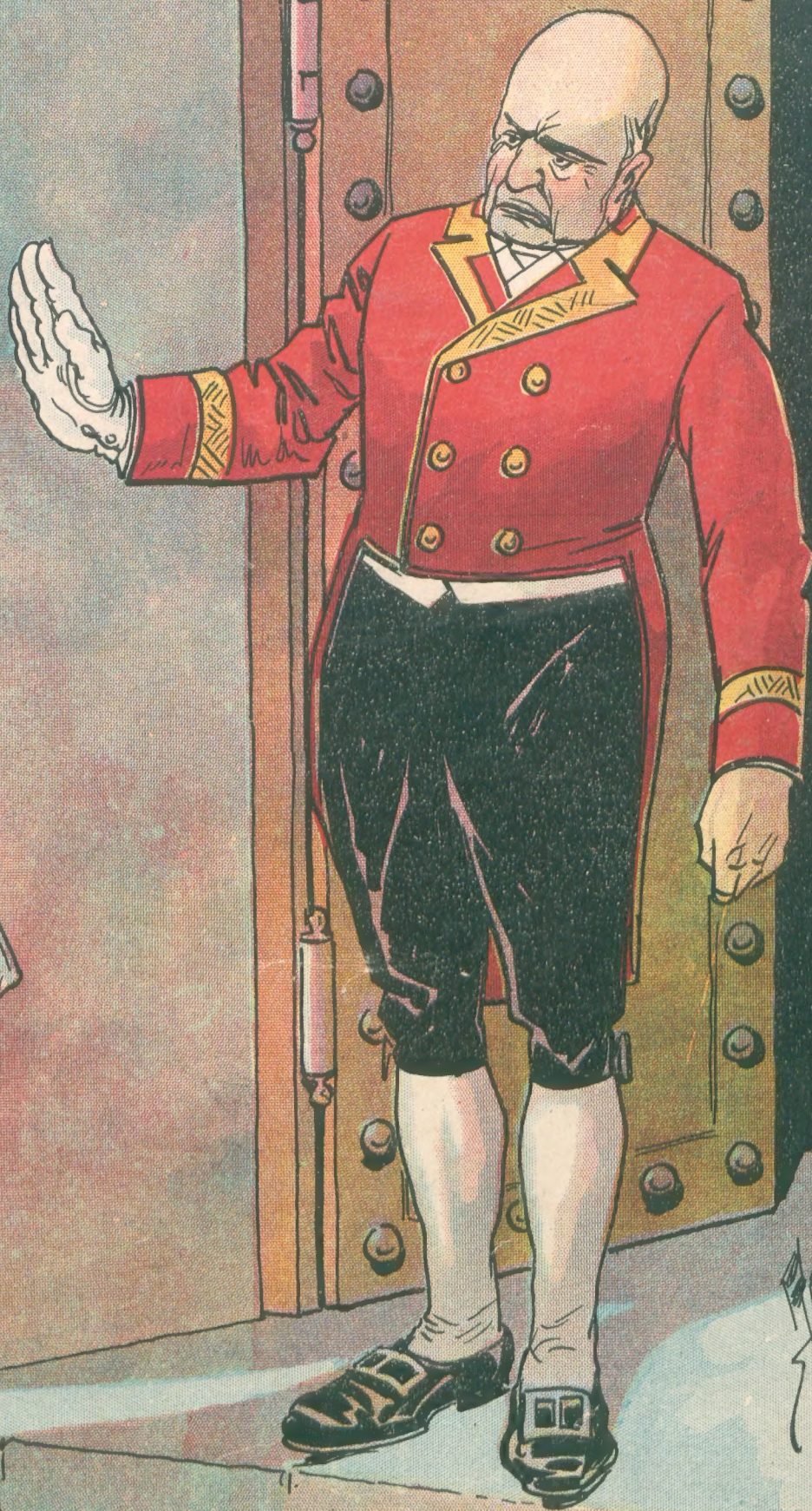
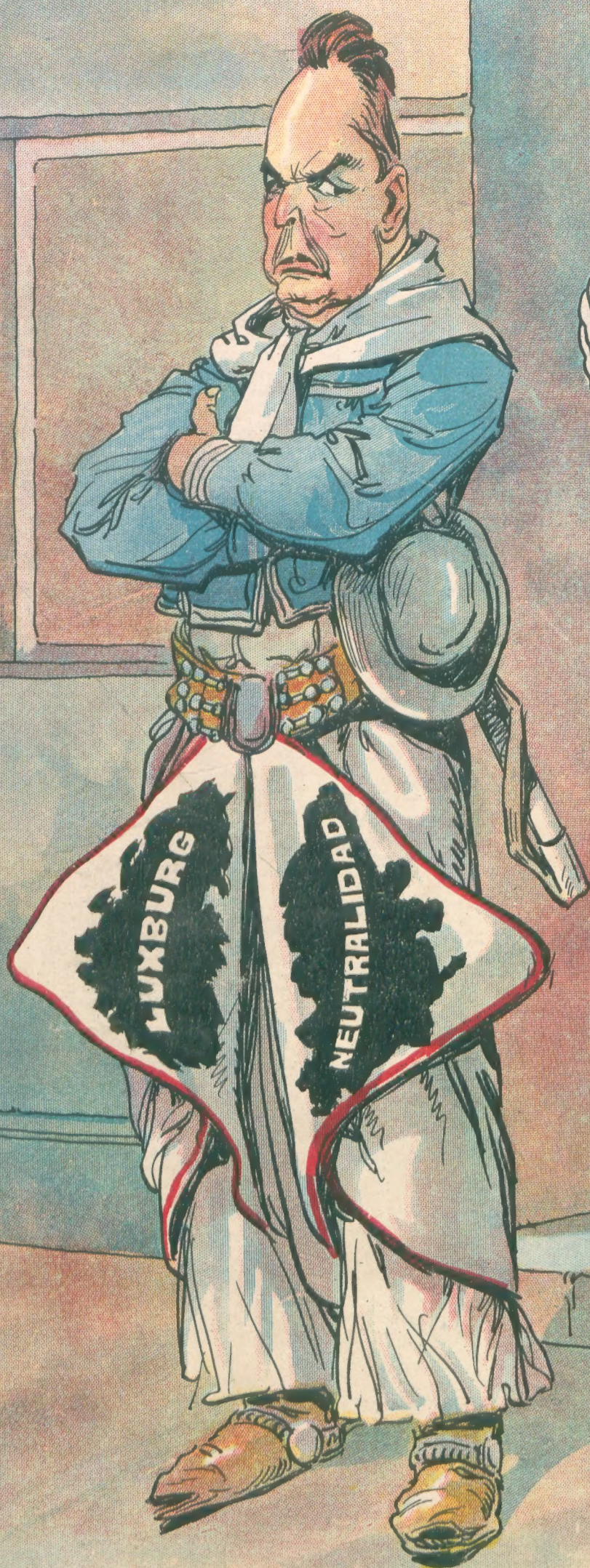


FRAY MOCHO



—No puede usted entrar.
—¿Por qué?
—Porque le ha echado dos manchas al traje.

Z/13135 : 8, 354 (1919)



LA PERFUMERIA LUXOR

ES LA PREFERIDA del MUNDO ELEGANTE
TANTO de AMERICA como de EUROPA.

LA PERFUMERIA LUXOR COMPRENDE
TODOS AQUELLOS PREPARADOS que

UNA DAMA CHIC y COMME IL FAUT
NECESITA PARA SU TOILETTE E HIGIENE DIARIA

Como ser:

SHAMPOO LIQUIDO y LOCIONES FINAS
POLVOS FINISIMOS y ADHERENTES para la cara
CREMA para la cara—COLD CREAM para masaje facial
JABONES finisimos—ROUGE para la cara
LAPICES para cejas—COLORETE para labios
CREMA DE ALMENDRAS para el cutis
POLVOS y PASTA DENTÍFRICOS
ODO-VAN, agua contra la transpiración molesta
SALES DE ASPIRAR—SALES PERFUMADAS para baño
TALCOS con perfume y sin él
EXTRACTOS de exquisitos perfumes
SACHET para perfumar la ropa. POLVO para los pies y
TODOS LOS ARTICULOS NECESARIOS para MANICURA.

LA PERFUMERIA LUXOR se halla en venta
en la TIENDA SAN MARTIN—CASA JAMES SMART—
Farmacia GIBSON y todas las TIENDAS, MERCERIAS, PERFUMERIAS
y FARMACIAS de IMPORTANCIA.

ARMOUR and COMPANY

CHICAGO-U. S. A.

Representantes: FRIGORÍFICO ARMOUR de LA PLATA. S. A.
BUENOS AIRES

FRAY MOCHO

Año VIII

Buenos Aires, 4 de febrero de 1919

Núm. 354

El presidente en el manicomio

Días pasados circuló la noticia. El presidente visitaba el Hospicio de las Mercedes, y en seguida, el Hospital Nacional de Alienados. ¿Para qué? Según parece, en los citados establecimientos no todas las cosas son "cosas de locos", y, siendo indispensable regularizar el programa, nada mejor que una oportuna inspección del jefe del ejecutivo.

Pero ahí está precisamente la sorpresa. Nadie discute la conveniencia de que las personas sin juicio tengan sus asuntos en orden. Lo que llama la atención es que tratándose de una minoría (por lo menos los encerrados) monopolice la solicitud del gobierno, aunque sólo sea el espacio de una tarde, dejándose al resto de la población abandonada a sus problemas — ¡y qué problemas! — para que los resuelva como Dios le dé a entender.

Mientras no se explique mejor el objeto de esta visita y su repetición, que para colmo se anuncia, tenemos derecho a recoger la especie de que, dado lo alambicado de los tiempos, es de prever un repentino aumento de huéspedes de manicomio en nuestro pobre país enloquecido por la vida cara y por la mala política. El gobierno en tal caso, hace bien en examinar la capacidad de la casa, sus condiciones higiénicas, su marcha administrativa, y hasta en probar el rancho... Nadie sabe lo que puede ocurrir.

El puerto nuevo

Nada sería más halagüeño para el amor propio nacional, que la certidumbre de hospedar en el gran puerto de Buenos Aires muchísimos barcos, todos cuantos quisieran venir de lejanas costas, cargados de productos y prontos para llevarse, en cambio, los nuestros, copiosos y avalorados. Y he aquí que las obras hace años emprendidas para ampliar las instalaciones, ya insuficientes a pesar de su importancia, han tocado a su término. El puerto nuevo es un hecho. Como por encanto, al día siguiente de inaugurarse, se acabarán las viejas y depresivas historias del abarrotamiento portuario, y en la flamante dársena, cada buque estará en su sitio, y habrá un sitio para cada buque...

Por desgracia, la deslumbradora noticia coincide con la absoluta paralización de las operaciones marítimas, y lo que es peor, con el abandono de puestos hecho por numerosos barcos, cuyos armadores se hartaron de esperar la solución de la vergonzosa huelga que aflige al comercio y al país.

Es doloroso comprobar que la magnífica obra, hecha con el sudor del pueblo, inicia su misión bajo tales auspicios. Y es tristísimo ver cómo la ausencia de una legislación obrera, por la pura desidia e incapacidad de los encargados de plantearla, prolonga el malestar. Tardíamente se anuncian planes de arbitraje en los conflictos de obreros y patronos, y otros remedios de la enfermedad económica.

EL BALNEARIO DE NOCHE



—¿Por qué no dejan tomar el aire en el balneario? ¿No lo hemos pagado entre todos?
—Sí, señor.
—¿Pero a usted no le han dicho la causa?
—Yo creo que debe ser por si los "maximalistas" intentaran apoderarse del célebre cañón del Marne.

ca. No todo está en los remedios, sin embargo. El papel del médico es infinitamente más trascendental. Y si no que lo digan Clemenceau y su rápido y maravilloso ojo clínico para diagnosticar y curar en 24 horas la huelga del Metropolitano de París. ¿No tener un Clemenceau criollo que haga lo mismo en el Puerto Madero! Cuando aparezca hablaremos con regocijo de su ampliación.

El autor de "La Gloria de Don Ramiro" y la ciudad de Avila.

En medio de la tristeza del país, cuando todo se vuelve hablar de vida cara, de escasez de bolsas para la cosecha, de huelgas, paralización, boicot, lok-out, crisis y otros barbarismos;

cuando para el elemento intelectual, principalmente, todo es desdén y olvido, una nota enorgullecadora, si las hay, nos llega de la madre España. El ayuntamiento de la noble ciudad de Avila, por unánime sanción, ha consagrado la gloria literaria del escritor argentino Enrique Rodríguez Larreta, dando su nombre a la calle principal de la población. Ni la naturaleza del homenaje es cosa que abunde por Europa, ni los méritos del autor de "La gloria de don Ramiro", libro admirable, de honda labor artística y de vasta penetración psicológica, son tan frecuentes como para que toda la prensa argentina no los comente y aplauda.

Los regidores de Avila han hecho estricta justicia a quien supo evocar con maravillosa eficacia y en purísimo lenguaje, la vida histórica de la romántica ciudad de Santa Teresa, y Enrique Rodríguez Larreta es por ello mismo acreedor al caluroso aplauso de sus compatriotas y colegas, que así ven en uno de los suyos justamente premiados largos afanes por el esplendor del arte y de la cultura.

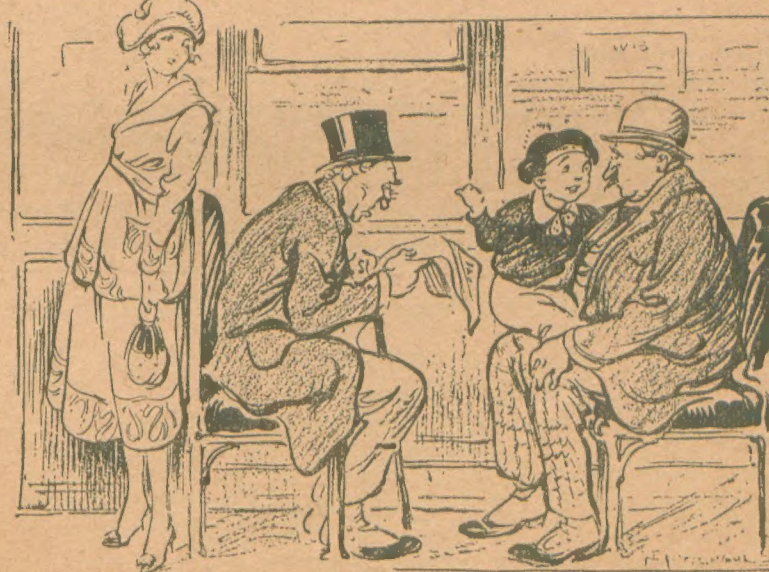
Por otra parte, para cuantos deseamos la bien entendida confraternidad espiritual con España, el acto espontáneo de los corteseros avileños, es más importante que toda la indigesta fraseología de sobremesa a que el tópico da margen en los frangollos diplomáticos y pseudo-diplomáticos...

De Londres a Buenos Aires en cuatro días

No es un hijo de Julio Verne el autor del prodigio. Es la casa Vickers, de Londres. Vale decir que no se trata de una novela, de una deambulación fantástica, en que el héroe hace maravillas de escamoteo para eludir las objeciones y sigue impertérrito un viaje imposible aferrado a los nueve puntos de su imaginación. Por el contrario se trata de un triunfo positivo de la industria. Ya sabíamos que, durante la guerra, el esfuerzo de la aeronáutica inglesa rayaba en el portentoso; pero no estábamos más que medianamente preparados para este raid formidable, según el cual, en agosto, Mr. Woodman Burbridge, su esposa y trece pasajeros más, partirán de Londres un lunes y el sábado a más tardar, después de reposar una hora en Cádiz y otra en Pernambuco, descenderán muy campantes en el aeródromo de Palermo. El simpático director de la compañía Harrods y su distinguida esposa harán el viaje a 1.500 metros de altura, y desde la lujosa cabina del aeroplano no se dignarán percibir los infelices barquichuelos, los miserables trasatlánticos, ni siquiera los ridículos monstruos llamados dreadnoughts, que allá abajo, en plena inferioridad de medios, lucharán penosamente con las olas, como si fueran contemporáneos de las carabelas de Colón.

Parece un sueño, ¿verdad? Consolémonos, sin embargo, los que sabemos de Ruskin y de la infinita poesía de los viajes lentos. Adiós, impresiones amables, adiós, paisaje, cuadro, olas

EN EL SUBTERRANEO



—Dí, papá, ¿debo ofrecer mi sitio a la señorita?

irisadas de espuma, rayos verdes, santa monotonía de las cambiantes aguas... La espantosa velocidad del aeroplano apenas permitirá cerciorarse de la propia existencia, durante el día, y, en las noches, con o sin luna, todo quedará reducido a ver estrellas.

La primera de abono

En el teatro de interpelaciones del concejo deliberante. La barra resultó zoológica, vale decir, de leonera. Rugieron los incondicionales. Por cierto que la kausa quedó mal parada en el "affaire" de los adoquinados. El interpelante no se amuvo por las ramas. Dijo robo, como suena. Con tal delicioso motivo, desfilaron cientos de miles de kilos de cal. Toda una calera... Además, se puso de manifiesto que los expedientes suelen hacerse humo en el caserón de la esquina Avenida de Mayo y Bolívar, cuando las papas queman, y que hay altos empleados que se enfurecen y apelan al tapujo cuando otros de menor cuantía ponen el dedo en la llaga.

Lindo debut. ¡Adelante con las probidades!

Crónicas de Mar del Plata

Anoche visitamos los hoteles de La Perla. Los veraneantes que se alojan en ellos no son menos dignos de la crónica que los que se bañan en la playa Bristol. Sin embargo, los grandes diarios jamás hacen mención de sus nombres, y el repórter que osara relatar los detalles de alguna de las tantas fiestas que congregan a las familias de la Playa Norte sería inmediatamente descalificado. Las razones de esta irritante injusticia no son valederas, por cierto, en esta hora de franca democracia en que vivimos. Hemos creído, pues, que era necesario reaccionar contra semejante prejuicio. Por eso hemos visitado los hoteles de La Perla.

Llegamos en el momento en que se iniciaba el baile. Las parejas eran numerosas y elegantes. Las chicas con trajes de colores vivos y en la cabeza, como gracioso turbante, un velo. De rigurosa franela blanca, los donceles. Bien peinados todos, y, algunos, con lucientes zapatos de cabritilla charolada. Las "mamases", formando marco, contemplan a sus hijas y juntan saliva. Los mozos, entre tanto, lavan las copas y friegan los cubiertos sobre las mesas del centro del comedor, convertido en salón de baile. El cuadro es pintoresco y merecería los honores de la nota fotográfica. Pero no podemos ofrecerla: el gordito Bay Bandoín, tan conocido y apreciado aquí, se negó a acompañarnos temeroso de que las familias del Bristol le retiren su protección. Es de sentir, verdaderamente, porque más de una belleza habría sido puesta en evidencia. Las familias Villa Crespo y Villa Ortúzar, que forman el núcleo más importante de las que se bañan y se divierten en La Perla, no serán retratadas por hoy. A ellas no las preocupa la omisión. Mucho menos en estos días en que tienen la suerte de contar con la compañía siempre amable y siempre amena del doctor José León Rodeyrito. Todas las atenciones son para Rodeyrito: quien le obsequia con un ramo de flores, quien con una pierna de pollo, quien le envía, a su mesa, peras y duraznos elegidos. Rodeyrito lava los duraznos y se los come después. Deja intactas las peras, porque habiendo duraznos... ¿quién come peras? Rodeyrito retribuye tanto agasajo con sonrisas tiernas como su corazón de orador radical. Cuando se lo piden in-

UN CABURÁ PRECOZ



—¡Suerte que no se lleva las cartas de mi novia!

sistentemente, Rodeyrito declama. Y así conmueve a las chicas, sobre todo, si con voz melodiosa que convierte las palabras en notas de música, repite aquellos versos:

Pues bien, yo necesito,
decirte que te quiero... etc.

Después de Rodeyrito, Benito Villanueva. Ha venido por pocos días. Dice —medio en broma y medio en serio— que lo atrajo el anuncio de la socialización de las mujeres, porque deseaba recibir aquí el lote que pudiera corresponderle. Se volvería como niño: de blanco vestido...

También llegó Botafogo. Como se sabe, el noble animal es el rey del haras de Chapadmalal, donde hubo una gran fiesta con motivo de su coronación. Con irreverencia, que fué muy criticada, algunas niñas de las que asistieron al acto arrancaban "cabe-llos" de la cola de Botafogo para conservarlos como reliquia. Una lo besó en los ojos; otra, con adorable ingenuidad, dijo: ¡qué lástima que un caballo como éste sea caballo!

El mismo día de la entrada de Bo-

tafago a Chapadmalal se despidió al marqués de Salamanca, que va a España en viaje de negocios.

Estuvo aquí, durante un día, don Dardo Corvalán Mendilaharsu, ex ministro de Lencinas. Corvalán venía por primera vez a Mar del Plata. Se explica, por eso, que no supiera que los sillones del Ocean Club, como la bota de potro y como los ministerios, no son para todos. Y se sentó. Lo echaron, naturalmente, no sólo por no ser socio de la más aristocrática de nuestras instituciones sociales, sino porque, según lo dijera el presidente de la misma, ese no era el sitio para hacer propaganda comercial. Ante el estupor del inconsciente intruso, el doctor Ricardo Cranwell profirió indignado: ¡No faltaba más! ¡Pretender hacer, aquí, la "réclame" de los cuellos irrompibles!

El distinguido político don Carlos Merlini —que ha sustituido su tradicional galera blanca por un chambergo de grandes alas,—conversa todo el día con los doctores Figueroa Alcorta y Justiniano Posse. Don Manuel Ma-

ría Oliver —que desempeña la secretaría privada de Merlini— nos aseguró que sería el candidato de los radicales para la senaduría vacante. Calvete desmiente la especie.

Enviado especial.

Instintos misteriosos de los animales

Los labriegos del Canadá saben en la temporada de otoño si el invierno va a ser muy crudo con observar si las ratas llamadas almizaderas hacen sus viviendas más fuertes que de costumbre.

Cuando los habitantes de las islas Chiloé, quieren saber si va a hacer buen tiempo, cogen unos cuantos canchales terrestres de cierta especie, cuyo caparazón es muy sensible a los cambios atmosféricos, y los observan. En tiempo seco, tienen el caparazón de color casi blanco; pero en cuanto la atmósfera adquiere algo de humedad, empiezan a salirles manchitas encarnadas, que aumentan en número y tamaño hasta que empieza a llover, en el cual momento están completamente encarnados y no vuelven a aclararse hasta que sale el sol.

El valor de las abejas como profetas del tiempo es conocido de antiguo. El profesor Emmering, de Alemania, ha confirmado científicamente la creencia popular. Este sabio, tras una serie de experimentos que han durado muchos años, asegura que las abejas son mucho más sensibles a los cambios de temperatura que los instrumentos más delicados contruidos por los hombres. Estos insectos son dóciles y tranquilos mientras no se les provoca; pero si el tiempo amenaza tormenta, se ponen inquietos y peligra la epidermis del que a ellos se acerca. Lo más curioso de lo que dice el doctor es que las abejas predicen de este modo las tormentas cuando los barómetros marcan buen tiempo, y en otras ocasiones, cuando los aparatos anuncian grandes trastornos meteorológicos, las abejas permanecen tranquilas y siempre aciertan ellas.

El chorlito es un verdadero precursor de las tormentas. Antes de las grandes tempestades se presenta súbitamente, y en sus ademanes da muestras de intranquilidad.

Las gaviotas y otras aves marinas anuncian que va a hacer mal tiempo cuando se limpian el plumaje, aunque permanezcan en aparente tranquilidad.

Para los naturales de algunos países es un buen indicador el canto del cuco en primavera. Si sus notas son cortas y ásperas, es señal de frío seco; pero si son prolongadas y suaves, es signo de tiempo templado y húmedo.

Un silencio prolongado y repentino, cuando el pájaro ha empezado a cantar, indica viento algo fuerte.

Si se ven muchas jibias a flor de agua en el mar, los marineros aseguran que va a hacer mal tiempo.

Los perros de pastor y los foxterrier también tienen instinto de meteorólogo. Los primeros anuncian tempestad cuando se ponen torpes y dormilones, se niegan a comer y demuestran estar de mal humor; los foxterrier, cuando barruntan lluvia, escarban en el suelo, buscan a las personas de la familia que están fuera de la casa, y si se echan a dormir, se agitan nerviosamente.

A los gatos también les impresionan los cambios de tiempo, que anuncian poniéndose más despabilados que de costumbre, pues cuando el tiempo es bueno hacen la rosca y duermen profundamente.

Si un caballo se detiene de pronto, levanta la cabeza y olfatea el aire, es que prevé la lluvia, y cuando aprieta el bocado, mueve la cabeza y da patadas en el suelo, anuncia cambio de tiempo.



"A LOS MANDARINES"

DEBEN SU ÉXITO A SUS CALIDADES

CAFES Y TES

Casa Principal: SAN JUAN 2164

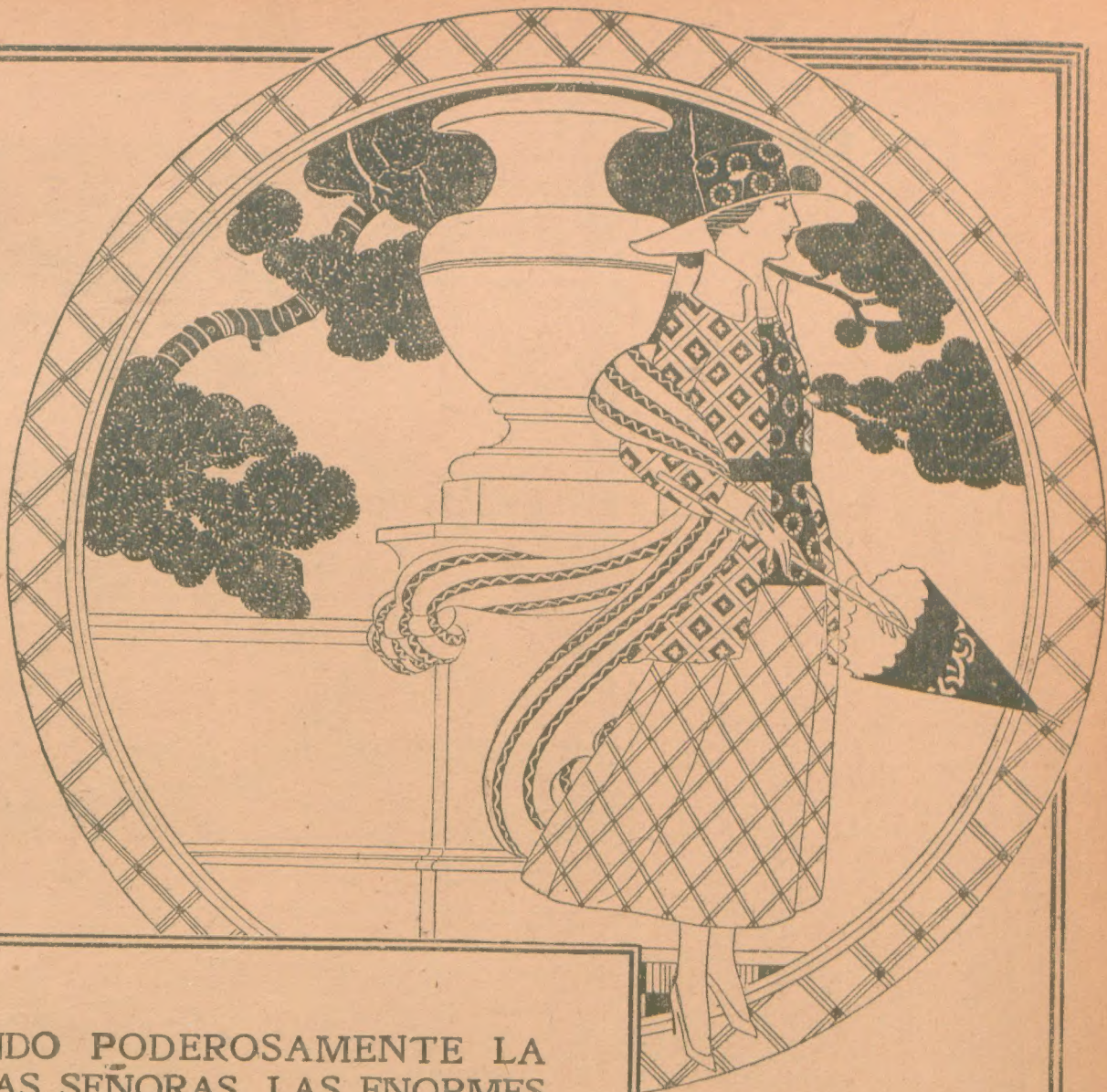
U. T. 1244 y 1437, B. Orden — C. T. 222, Suud

SUCURSALES:

Giribone 290
Rivadavia 1992
Rivadavia 1456
Rivadavia 7023
Santa Fe 1886
Corrientes 4216
Santa Fe 2685

Cabildo 2076
Cabildo 3490
B. de Irigoyen 1117
Santa Fe 4521
Brasil 1160
Cangallo 963

S. del Estero 1736
(Mar del Plata)
Viamonte 1666
Entre Ríos 732
Rivadavia 5344
Laprida 209
(L. de Zamora)



SIGUEN LLAMANDO PODEROSAMENTE LA
ATENCION DE LAS SEÑORAS, LAS ENORMES

REBAJAS DE PRECIO

REALIZADAS POR GATH & CHAVES EN SUS DEPARTAMENTOS DE
CONFECCIÓN :: MODELOS
Y MODAS SEÑORA

EN REALIDAD, LOS PRECIOS MARCADOS SON TAN EXCEPCIONALES
Y LOS MODELOS TAN NUEVOS Y ELEGANTES, QUE ESTA VENTA
ESTA DESTINADA A HACER SENSACION ENTRE LA CLIENTELA
FEMENINA.

SEÑORA, SI Vd. NO HA VISITADO TODAVIA ESTOS DEPARTAMEN-
TOS DEL ANEXO DE GATH & CHAVES, NO TARDE EN HACERLO.

GATH & CHAVES LE ASEGURA QUE OCASION COMO ESTA NO HA
DE VOLVER A PRESENTARSE.

AGENCIA en
Mar del Plata
RAMBLA N.ºs 57 y 58
Unión Telefónica 741,
(Mar del Plata)

THE SOUTH AMERICAN STORES
GATH & CHAVES LTD

CASA CENTRAL: FLORIDA Y CANGALLO
ANEXO: AVENIDA DE MAYO, PERU Y RIVADAVIA

EL SISTEMA DEL SUDOR

El presente artículo pertenece a un panfletista católico, León Bloy, muerto hace poco tiempo, cuya obra atormentada y violenta, más que un fenómeno literario por la brutal fiera de su estilo, es un grito profundamente humano contra toda injusticia.

Un antiguo poema de la Edad Media, "Ivain o el Caballero del León", nos demuestra que, aun en el siglo piadoso de San Bernardo, de Luis VII y de Felipe Augusto, existía ya la explotación industrial que consiste en hacer oro con la carne y la sangre de las mujeres.

Este caballero Ivain, al que acompaña un león familiar, llega al castillo de la Peor Aventura. "¡Eh, infortunado!, ¿a dónde vas?—gritale la gente del pueblo que atraviesa para llegar al torreón. No la escucha, aparta al portero que quiere detenerlo y entra en una vasta sala que da a un patio cerrado por una empalizada de agudas estacas. Traduciremos el antiguo lenguaje de Cristián de Troyes:

"Mirando entre las estacas vió allí hasta trescientas doncellas ocupadas en labores de seda y de oro. Todas trabajaban lo mejor que podían. Pero tal era su pobreza que muchas de ellas, las pobres, tenían los vestidos descoloridos, el corpiño roto en los senos y en los codos y llevaban camisas sucias. De hambre y malestar, eran delgados sus cuellos y pálidas las caras. Ivain las ve y ellas lo ven. Todas inclinan la cabeza y lloran y permanecen un momento sin saber qué hacer. De desconsoladas que están no se atreven a levantar la mirada del suelo."

Ivain regresa e interroga al portero del castillo:

—"Por el alma de tu padre, dime quiénes son esas doncellas que he visto en el patio tejiendo telas de seda. La obra de sus manos parece muy bella, pero lo que no parece bellos son sus cuerpos y sus rostros, flacos, pálidos y dolientes. Sin embargo, creo que serían bellas y graciosas si se ocuparan en algo que les agradara.—Nada os diré—responde el portero,—buscad otro que os lo diga.

Ivain busca tanto, que al fin halla la puertecilla de entrada al patio donde las doncellas trabajan; se adelanta y saluda a todas y ve caer las gotas de las lágrimas que corren por sus mejillas."

Ivain las interroga a su vez, y una de ellas le dice que son cautivas de los hijos del diablo y que no pueden ser redimidas sino por un buen caballero que los mate en combate. Pero, ¿para qué engañarse con semejante esperanza?

—"Jamás tendremos nada que nos cause placer. Jamás saldremos de aquí. Tejeremos siempre telas de seda y nunca estaremos vestidas mejor. Siempre seremos pobres y siempre tendremos hambre y sed. No importa que ganemos dinero: no por ello comeremos mejor. A duras penas tenemos pan, un poco por la mañana y menos por la noche. De lo que ganamos cada una de nosotras no conserva para mantenerse más que cuatro dineros por libra, lo que no basta para pagar suficiente vestido y alimento... Sin embargo, el trabajo de cada una de nosotras produce más de veinte sueldos por semana. Un duque se consideraría rico con eso, pero estamos nosotras en gran pobreza, y aquel para quien trabajamos es rico gracias a nuestro trabajo. Para ganar el pan estamos en vela gran parte de las noches y los días enteros. Si queremos descansar un instante nos amenazan con tortu-

A BORDO DEL "MORENO"



El preso.—¿Qué hora es?
El centinela.—¿Qué te importa la hora? ¿Tienes alguna cita?

rarnos los miembros, por eso no nos atrevemos a tomar ningún reposo."

Al cabo de ocho siglos el mismo mal se ha agravado pavorosamente. Las pobres cautivas a quienes dió libertad el buen caballero Ivain—pues él las redimió si creemos a su trovero—eran trescientas. Oid ahora a Tolstoy:

"Frente a la casa que habito hay una fábrica de sedas, instalada según las últimas prescripciones técnicas. Trabajan y viven en ella tres mil mujeres y setecientos hombres. Desde mi casa oigo el ruido incesante de las máquinas y sé lo que significa. Tres mil mujeres, de pie durante doce horas permanecen delante de los bancos, entre un ruido terrible, y enmadejan y devanan los hilos de seda con que se hará las telas. Todas esas mujeres, excepto las que acaban de llegar del campo, tienen aspecto enfermizo. La mayor parte llevan una vida depravada. Casi todas, casadas o no, inme-

diatamente después de tener un hijo, lo enviaban al campo o a la cuna, donde muere el 90 por ciento de esos niños, y las madres, para no ser reemplazadas, vuelven a las fábricas dos o tres días después de tener el hijo. Así, durante veinte años, sé que han muerto decenas de millares de madres jóvenes y fuertes y que, ahora, las madres continúan destruyendo su vida y la de sus hijos, mientras fabrican telas de terciopelo y de seda."

El buen Tolstoy está atrasado. ¿Qué viene a ser la fábrica de que habla al lado de los presidios inmensos de América o de Inglaterra? Nada más que en Francia hay más de seis millones de obreras de fábricas, sobre menos de veinte millones de mujeres. Estadística más impresionante que una tragedia de Shakespeare. Esa multitud apocalíptica de criaturas hambrientas que trabajan, sufren y mueren para asegurar las delicias de algunos... sin

luz para trabajar, sin luz para sufrir, sin luz para morir, y esto durante las generaciones, durante los siglos!

Además de las fábricas, la misma estadística habla de un ejército bárbaro, de una horda famélica de 250.000 obreros y obreras que viven o tratan de vivir, en París solamente, del trabajo a domicilio, trabajo de los obreros en Egipto que representa para el explotador ganancias que pueden ascender a mil y hasta mil ochocientos por ciento. (1)

Multiplíquese cuanto se quiera esas cifras usurarias, ya diabólicas, y se llegará, si es posible, a una proporción aproximada de la riqueza y la miseria. ¡Cien mil pobres bastan para hacer un solo rico! Esto puede ser en el Occidente. En Asia, en el hormiguero colosal de la China y de la India, se necesita quizás un millón.

¡El sistema del sudor, el "sweating system"! Uno apenas puede creer que esas palabras impías hayan sido escritas, aun en inglés que es la lengua de la injusticia, de la dureza infernal, del menos generoso de los pueblos. Aun en inglés, no es posible creerlo. ¡El sudor de qué? ¡Dios mío! Es imposible no pensar en Getsemaní, no pensar en Moisés que quiso que todo Egipto vertiera sangre para prerre-presentar la agonía del Hijo de Dios. El que asumió todas las penas imaginables y las inimaginables, ¡sudó acaso sangre de esa manera? ¡El sudor de sangre por sistema! ¡El sudor de sangre de Jesús calculado para organizar hambres y matanzas!... Se puede suponer que los hombres se han vuelto locos para haberse inclinado sobre ese abismo...

Lo que hay de más incomprensible en el mundo es la paciencia de los pobres, medalla sombría y milagrosa de la Paciencia de Dios en sus palacios de luz. Cuando el sufrimiento ha ido demasiado lejos, parece que sería muy sencillo aplastar la bestia feroz. Hay ejemplos. Son numerosos en la historia. Pero siempre esas revueltas fueron movimientos convulsivos y de poca duración. En seguida después del acceso, el sudor de la sangre de Jesús volvía a comenzar silenciosamente en la noche, bajo los olivos tranquilos del jardín, mientras duermen los discípulos. Le era preciso continuar esa agonía por tantos infelices, por tantos seres indefensos, hombres, mujeres y sobre todo niños.

Pues he aquí el horror de los horrores: el trabajo de los niños, la miseria de los pequeños, explotada por la industria productora de la riqueza. Y esto en todos los países. Jesús dijo: "Dejadlos venir a mí". Los ricos dicen: "Enviadlos a la fábrica, al taller, a los sitios más sombríos y mortales de nuestros infiernos. Los esfuerzos de sus débiles brazos aumentarán algo nuestra opulencia."

Se ve a esos pobres niños que un soplo haría caer, producir un trabajo de más de treinta horas por semana y esos trabajadores, ¡oh, Dios vengador!, se cuentan por centenares de millares. Y para que no se diga que la religión es olvidada, los talleres de niñas, ignorados por Dante, son a menudo dirigidos por religiosas, vírgenes consagradas, tan secas como los sarmientos del Demonio, y que conocen los métodos para el mejor rendimiento...

La joven de la alta sociedad ignora quizás—como Dante—lo que sus vestidos y su fina ropa blanca han costado. ¿Para qué se le habría de hablar de la fatiga mortal, del hambre jamás satisfecha de las pequeñas miserias, bastante halagadas al matarse para su

Inmediatamente Se Caen Los Callos



CUANDO tenga Vd. que andar sobre las orillas de sus zapatos para evitar el terrible dolor de callos, no hay más que una cosa que hacer, indicada por el sentido mundial. Ponga inmediatamente dos o tres gotas de "GETS-IT" sobre el callo. Desaparecen el dolor y la inflamación, comenzando a encoger el callo desde el mismo instante, aflojándose y cayendo después.

No hay ningún otro medicamento en el mundo que actúe como "GETS-IT." No se ha hecho ningún nuevo descubrimiento en tal sentido desde que apareció "GETS-IT." En venta en la farmacia más próxima donde Vd. se encuentre.

Concesionarios en la República Argentina:

MENDEL & CIA., Calle Bolívar 879, Buenos Aires

En Montevideo: Publicidad, Calle J. C. Gomez, 1386.

En Asunción (Paraguay): G. Peroni, Benjamín Constant esq. Aycia.

(1) Un caso: el salario de una obrera por una docena de sombreros es de 2 francos con 40 céntimos. La empresa que los vende tiene en esa docena de sombreros una ganancia líquida de 43 francos con 20 céntimos.

belleza? ¿Quién querría tratar de hacer comprender a ese lindo animalito la amargura de las lágrimas devoradas y la opresión perpetua de aquellos corazoncitos? Pero porque esas cosas de "nada" son infinitamente más grandes que ella y porque hay, a pesar de todo, una justicia, uno puede estar seguro de que no siempre las ignorará. ¡Y entonces!...

El evangelista San Lucas oyó caer, gota a gota, el sudor de sangre de Jesucristo. Y ese ruido tan débil, que no pudo despertar a los discípulos dormidos, debió ser oído en las constelaciones más lejanas y debió modificar su ruta singularmente. ¿Qué decir del ruido, más débil todavía y mucho menos escuchado, de los innumerables pasos de esos pobres niños que van a su tarea de sufrimiento y de miseria, exigida por los malditos y que, sin saberlo y sin que los demás lo sepan, van así hacia su hermano grande del Jardín de la Agonía que los llama y los espera en sus brazos ensangrentados? "Sinite pueros venire ad me. Talium est enim regnum Dei".

León BLOY

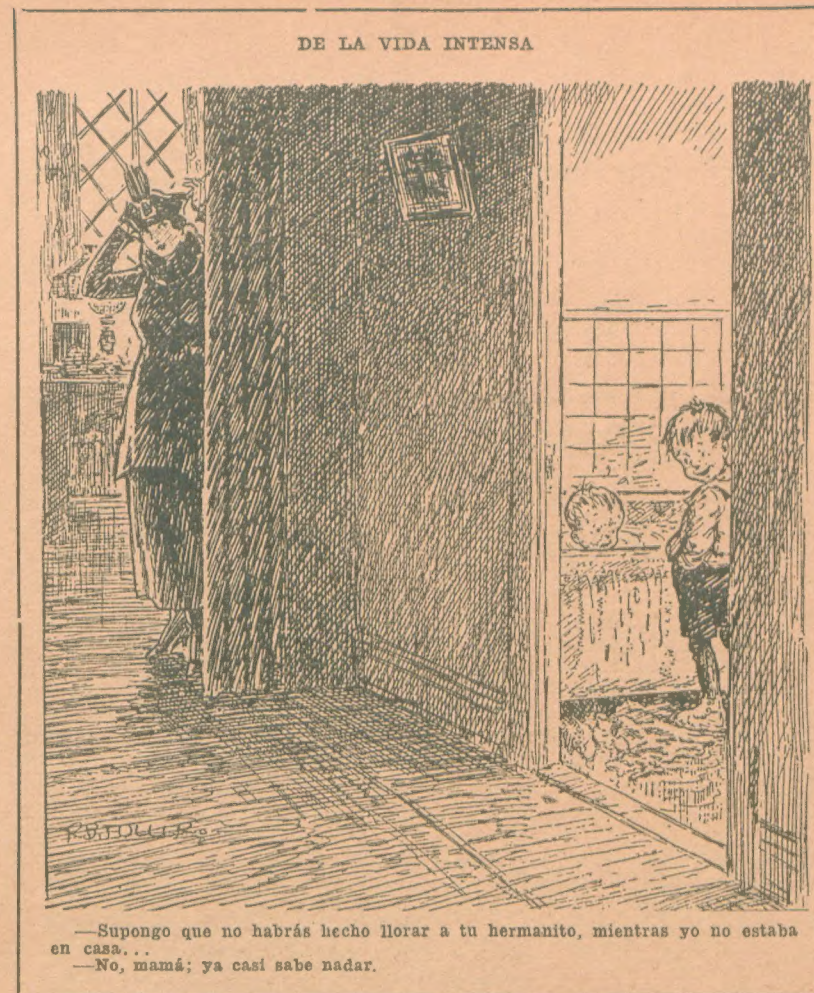
LA LLUVIA

La lluvia es uno de los fenómenos capitales de la naturaleza y de la vida. Para la vida terrestre es tan indispensable como el sol. Como todo fenómeno natural tiene sorprendentes particularidades. Ante todo ¿de dónde viene? Del cielo, de la atmósfera, dirá todo el mundo. Bien, pero sería mejor decir, de las partes bajas de la atmósfera, pues cuanto mayor es la altura, menos son las probabilidades de lluvia. Créese que a 30 o 50 kilómetros de altura, donde el vapor de agua es raro, no debe llover.

La lluvia procede del vapor de agua que existe siempre en la atmósfera. Es fácil demostrarlo: póngase agua helada en un botellón bien tapado. Al cabo de algunos minutos de estar expuesto al aire la parte externa se empaña, se cubre de una especie de rocío muy fino, que luego se reúne en gotas y que no es más que el vapor de agua de la atmósfera condensado al contacto con el botellón más frío.

El origen de ese vapor de agua es conocido. En la superficie del mar, en los lagos, en los bosques, en los campos, etc., hay una constante evaporación de agua que pasa a la atmósfera y carga a ésta con cierta cantidad de humedad. El aire o el viento seco que pasa sobre el mar, los lagos o los bosques, se carga a su vez de vapor de agua. En verano una hoja suele evaporar en una hora una cantidad de agua equivalente a su peso. El agua atmosférica procede, pues, de las masas de agua del suelo, de la vegetación y de la misma superficie del suelo si es húmedo. La cantidad varía. Cuanto más calor hace, con presión elevada, tanto más vapor contiene el aire. En verano un metro cúbico de aire contiene por lo común 25 gramos de agua en vapor. Si se considera el conjunto de la atmósfera se ve que la cantidad de vapor es enorme. El ilustre físico inglés Dalton calculaba que la atmósfera contiene 14 milésimas de su peso en vapor. La atmósfera pesa 5.268.300.000.000 toneladas, de manera que el agua que contiene debe pesar 72.756.200.000.000 toneladas, es decir, una cantidad suficiente para cubrir a toda la superficie de la tierra con una capa de 15 centímetros de espesor más o menos.

La lluvia no es el resultado de una simple nube que se deshace. El meteorólogo francés Angot ha hecho un cálculo según el cual si una nube de 1000 metros de espesor se resuelve en



—Supongo que no habrás hecho llorar a tu hermanito, mientras yo no estaba en casa...
—No, mamá; ya casi sabe nadar.

lluvia, el agua que cae no pasa de 4 milímetros. Sin embargo, constantemente se registra 10, 20, 50, 100 y hasta 200 milímetros de lluvia. No son, pues, las nubes las que nos envían la lluvia. Por lo demás puede llover sin que haya nubes visibles.

La explicación, que es distinta, la tendríamos en el experimento del botellón de agua helada de que se ha hablado. La lluvia es debida a variaciones de temperatura en la atmósfera. En ésta hay, sin cesar, causas de enfriamientos. Toda masa de aire que se eleva, se extiende, por el hecho de la disminución de la presión atmosférica y ocasiona así un enfriamiento importante. En la industria se emplea un procedimiento de refrigeración semejante. Este enfriamiento determina la condensación del vapor de agua en gotitas. Estas gotitas, que son pequeñísimas, constituyen una nube que aumenta de volumen a medida que la corriente ascendente continúa.

Cuando la cantidad de agua así condensada es más de 4 gramos por metro cúbico de aire las gotitas pesan demasiado para continuar en sus-

pensión, caen y la lluvia comienza. "En realidad, la nube no vierte el agua que contiene, ésta cae del lugar en que la nube se forma y representa el exceso del agua condensada sobre la cantidad que puede seguir permaneciendo en la nube. Una nube no disminuye a medida que cae la lluvia; en realidad nada pierde", dice Angot.

Explicaremos ahora las corrientes ascendentes de aire que son condición de la formación de la lluvia. El barómetro baja y se forma una depresión sobre una región más o menos extensa. En seguida se forman corrientes de aire de todos los alrededores hacia el centro de depresión. Así ocurren corrientes de aire que, por ejemplo, en París, vienen del Atlántico y desde Islandia hasta Gibraltar. Esos vientos remolinean alrededor del centro de depresión y se elevan a kilómetros de altura. Están cargados de humedad, se enfrían al extenderse y entonces se produce la lluvia y cae agua recogida por los vientos en el Atlántico.

La lluvia presenta otras particularidades. Hay regiones donde son frecuentes las lluvias muy abundantes.

El año pasado el profesor Campbell, de la Universidad de Stanford, publicó interesante información sobre las lluvias de Waraleale, lugar de las islas Hawai. Se trata de una montaña de 1522 metros de altura. En el año 1914 las lluvias caídas alcanzaron a 15 metros y 250 milímetros y en años anteriores a 10, 12 y 14 metros. Sin embargo, a 21 kilómetros de ese lugar, otro pluviómetro establecido a orillas del mar señalaba una cantidad de lluvia anual de sólo 81 centímetros. La explicación es ésta: Waraleale está situado en pleno Pacífico; de cualquier lado que el viento venga, llega de un mar cálido y está, pues, muy cargado de humedad. La montaña, en la que tropieza el viento, constituye una pared fría que determina una condensación casi continua. Toda esa región es pantanosa. Antes de ser conocidos esos datos se creía que la región más lluviosa del mundo era la localidad de Cherrapongé, en el Assam, donde el año 1851 cayeron 14 metros y 789 milímetros de lluvia. En Europa la región más lluviosa está al norte del golfo de Cattaro, en Crkvice, a una altura de 1097, donde el término medio de la lluvia caída por año es de cuatro metros y medio.

¿Cuál es la cantidad máxima de lluvia que puede caer de una sola vez? Hasta ahora la máxima es de 1 metro y 36 milímetros en lluvia continua de 24 horas, que se registró en Cherrapongé, en el Himalaya. Esa cantidad es el doble de lo que cae en todo un año en París.

En general llueve mucho más en las regiones de costas y cercanas a éstas que en el interior de los territorios.

Nada más fácil que la medida de la lluvia. Se hace por medio del pluviómetro, aparato que no es más que un tarro cilíndrico, cubierto con un embudo del mismo diámetro, en el cual cae el agua. Se introduce verticalmente una regla fina milimetrada, y se marca la altura hasta donde llega el agua. Una lluvia de un milímetro corresponde a un kilogramo de agua por metro cuadrado o a diez toneladas por hectárea.

El agua de lluvia no es pura. Contiene materias extrañas, polvo atmosférico—que recoge al caer, purificando así la atmósfera,—y ciertos gases, vapores amoniacales y nitrosos: 2 miligramos de ázoe amoniacal por litro y 0,7 miligramos de ázoe nitroso. Ambas substancias son excelentes fertilizantes para las plantas. En las zonas tropicales sudamericanas, por ejemplo, donde las lluvias son muy frecuentes esa cantidad de fertilizante es varias veces mayor.

No se conoce método alguno eficaz para provocar lluvias. Durante mucho tiempo se habló del estampido del cañón o de un estruendo semejante para determinar la caída pluvial en determinado lugar. Es un error. En las regiones de Francia donde han tronado simultáneamente los más poderosos cañones del mundo la cantidad de lluvia no ha sido superior a la de los silenciosos años de la paz.

DESPUÉS
DE CADA
COMIDA

Sozodont

quedan siempre partículas entre los dientes y bajo las encías las cuales, afectadas por el calor natural de la boca pronto se descomponen produciendo depósitos ácidos que destruyen la dentadura. El uso del dentífrico Sozodont es admirable inmediatamente después de comer, pues desprende toda materia susceptible a descomposición, penetrando las cavidades — Al mismo tiempo neutraliza toda acidez, dejando un gusto refrescante e indicativo de aseo en la boca.



Por más de cincuenta años ha probado ser antiséptico de delicioso sabor, que limpia, purifica, conserva y embellece la dentadura — el preferido general

LÍQUIDO, POLVOS o PASTA

De venta en las farmacias y perfumerías

HALL & RUCKEL, Fabricantes, 215 Washington St., New York. E. U. A.

INSTRUCCION MILITAR

Un joven, hijo único de una vinda rica, fué llamado para cumplir con sus deberes de la conscripción. Esperaba recibir instrucción militar, pero a poco de llegar al cuartel fué destinado a la preparación del rancho y en esta tarea adquirió bastante competencia a juzgar por la siguiente carta que dirigió a su madre:

"Querida mamá: Me paso todo el día lavando platos, pelando papas y cortando carne. Cuando termine la conscripción voy a resultar una excelente dueña de casa para reemplazar en las tareas domésticas a la muchacha que se case conmigo."

La bandera roja

La bandera roja fué enseña de la iglesia militante y también de la monarquía hasta la época en que Enrique VI, rey de Inglaterra, asumió el título de rey de Francia. La bandera roja fué desplegada por las tropas católicas de Carlos IX y de Enrique III, mientras que la de los protestantes era blanca.

Durante la Revolución Francesa la bandera roja fué empleada en circunstancias peculiares. A consecuencia de los desórdenes que tuvieron lugar en París en 1789 y de la apertura de la asamblea nacional, el 21 de octubre se proclamó en la capital la ley marcial, la cual, entre otros, contenía los siguientes capítulos: "II. Esta declaración será hecha enarbolando una bandera roja en la ventana principal de la municipalidad y llevando banderas rojas en las calles.—III. Inmediatamente después de presentar una bandera roja se procederá a dispersar por la fuerza toda asamblea revoltosa.—XII. Una vez restablecida la calma, funcionarios municipales abolirán por decreto la ley marcial y retirarán durante una semana la bandera roja que será reemplazada por la bandera blanca". De manera que, después de haber

sido emblema del catolicismo y la monarquía, la bandera roja se convirtió en emblema del orden.

Para evitar la fatiga de caminar

Una publicación médica francesa llama la atención acerca de la eficacia que tiene para evitar o aliviar el cansancio de los pies ocasionado por largas caminatas, el empleo de una cinta gruesa con la cual se liga fuertemente el pie. La cinta se aplica en la forma sencilla que muestra claramente el dibujo, y una vez bien ajustada se abrocha o se prende con un alfiler de gancho.



sancio de los pies ocasionado por largas caminatas, el empleo de una cinta gruesa con la cual se liga fuertemente el pie. La cinta se aplica en la forma sencilla que muestra claramente el dibujo, y una vez bien ajustada se abrocha o se prende con un alfiler de gancho.

Los rasgos del animal en la cara humana

Carlos Darwin lanzó la hipótesis de que el hombre y el mono descienden de un antepasado común, pero no era el mono únicamente con quien el hombre tiene parecido.

Tanto física como moralmente nuestra humanidad presenta tipos con los mismos instintos que los animales, a tal punto, que muchos representantes de la raza humana reúnen en sí los de todos los animales.

Entre los hombres encontramos el tigre, el perro, el carnero, el cerdo, el pez, y no en balde calificamos a ciertos individuos de gansos, burros, besugos, mulas, leones y otros animales. La mujer tampoco se libra de este fenómeno. ¿Cuántas muchachas no nos remedan el gato, un roedor, o un pájaro cualquiera? Conocemos a muchas hormiguitas y a innumerables cigarras.

Para muchos artistas, entre otros Leonardo de Vinci, no ha pasado desapercibido este detalle, y muchos de sus dibujos lo atestiguan. Es el predominio de un instinto el que trae el parecido del físico humano con el tipo que en la fauna le representa? De ser así, la característica del físico, al ser

acentuado, fijaría con certeza la dominante psicológica.

Los frenólogos, médicos, magistrados, abogados y policías habrán podido apreciar lo común que es encontrar entre los asesinos el tipo de los animales carnívoros.

Como la cabeza humana está formada por los mismos elementos que la de los mamíferos, no es extraño que las modificaciones, aunque ligeras en las proporciones y en sus diversas partes, evoquen el recuerdo de ciertos animales. Por otro lado, la pasión imprime en el rostro rasgos que pueden recordar la fisonomía de ciertos animales de carácter y costumbres conocidas, como también los sentimientos predominantes son susceptibles de modificar las facciones de la cara y mostrar al exterior estas indicaciones y sentimientos.

Hay, por consiguiente, dos categorías de parecidos humanos con los animales: los fortuitos, que nada dicen del carácter del individuo y los que son el resultado de los gestos y movimientos de la fisonomía que pueden muy bien acusar un carácter parecido al de los animales que nos recuerdan.

Una nariz aguileña, no hace precisamente un águila del que la ostente, pero si a ello va acompañada una mirada fija, dura, voluntariosa, la semejanza con una ave de rapiña se completa y puede indicar cierto parecido de carácter.

Una cara alargada, estrecha, de nariz larga, convexa y colgante y barba puntiaguda, nos recuerda la cabra, pero esto sólo no indica que la persona sea loca, caprichosa y rara; pero si la frente es estrecha y deprimida, el parecido se acentúa, se traduce una inteligencia débil y, por consiguiente, una franca tendencia al capricho y a la testadurez.

Una cabeza extremadamente pequeña; un cráneo microcéfalo, una cabeza de pájaro, de chorlito, coincide con el carácter frágil, voluble, inquieto y agitado de estos degenerados.

Los ojos grandes y la mirada tranquila traen a la memoria la gacela, suave y tranquila; parecido de la segunda categoría.

El desarrollo de los músculos de la masticación entre los glotones, trae consigo un lógico desarrollo de las mandíbulas, acabando por dar a la fisonomía un aspecto bestial más parecida a la de un mono antropomorfo que a la de un carnívoro. Otro parecido de la segunda categoría.

Ciertos parecidos pueden obtenerse por otros medios. Una cara larga, barbuda y melencueta arreglada de cierta manera, nos puede recordar al león, pero estos seres no tienen nada del noble felino; se ocupan más de su figura que de las virtudes de los otros hombres o animales.

La cara del hombre difiere de la de los animales en la anchura de la frente, en la forma de la nariz, en la dirección de los ojos, en el poco desarrollo de las mandíbulas, en la dirección vertical de la línea media del mentón, en el lóbulo y la redondez de las orejas y, sobre todo, en su ángulo facial. Cuantas veces estas características se modifican o aminoran puede resultar un parecido con algún animal, sin que esto sea signo de parecido moral.

COMPETENCIA Y MEDIA

—Sin duda usted caminaba sin cuidado—dijo el chauffeur que acababa de atropellar a un hombre.—Soy un buen conductor. Hace siete años que manejo este coche.

—Y yo—repuso la víctima—hace cuarenta y ocho años que camino.

LO QUE ES LA PASION

—Amo el mismo suelo que usted pisa—dijo a la joven el pretendiente apasionado, que preguntó en seguida: —¿es de su papá este parque?



Si los Hohenzollern se vieran obligados a ganarse la vida.

PUCHITOS

Los dientes son la parte más duradera de nuestro cuerpo: se conservan por siglos. Síguelos en cuanto a duración el cabello humano. La carne y los huesos se convierten en polvo al cabo de algunos años, pero el cabello no siempre se descompone. Debidamente preservado puede durar indefinidamente. Se ha conservado siglos enteros mechones de cabello que no han sufrido la menor alteración de color.

El 25 de diciembre, día de Navidad, es el día fijado para celebrar el nacimiento de Cristo, pero no hay prueba histórica de que sea precisamente el del nacimiento del hijo de María. Diversas épocas lo han celebrado y varios países lo celebran aún en otras fechas. Estas son el 6 de enero—sobre todo en algunas regiones de Oriente—el 20 de abril, el 20 de mayo, el 20 de marzo y el 29 de septiembre. El Papa Julio fijó el 25 de diciembre.

La novela de que se ha impreso mayor número de ejemplares es "Pickwick", la deliciosa obra maestra de

¡Muchachas! Her- moseen su Cabello y Eviten la Caspa

**El cabello se pone lustroso, on-
deado, espeso y encantador
en pocos minutos.**

**La menor partícula de caspa
desaparece y el cabello
no se cae más.**

Con el uso de Danderine Ud. puede conservar el cabello. En menos de diez minutos puede duplicar su belleza. Después de una aplicación de Danderine su cabello se le pondrá ondeado, sedoso, abundante y se verá como el de una niña. Pruebe también esto: humedezca un paño en un poco de Danderine y páselo cuidadosamente por el cabello, tomando un pequeño ramal cada vez. Esto limpiará el cabello de polvo, suciedad y de grasa excesiva, y en pocos minutos duplicará la belleza de su cabello. Aquellos que han descuidado su cabello, o que por el contrario lo tienen áspero, descolorido, seco, quebradizo o delgado, tendrán una sorpresa agradable al conocer esta nueva preparación. Además de embellecerlo, Danderine destruye toda partícula de caspa, limpia, purifica y fortalece el cráneo, evitando la picazón y que se caiga el cabello; pero lo que más le agradará será ver cómo, después de usarlo unas cuantas semanas, el cabello se le pondrá fino y suave, y le saldrá cabello nuevo por todo el cráneo.

Danderine es para el cabello lo que la lluvia y el sol para las plantas. Va directamente a las raíces, fortaleciéndolas y dándoles vigor. Sus propiedades estimulantes y vivificantes hacen que el cabello crezca largo, firme y bonito.

Si quiere Ud. tener una cabellera bonita, lustrosa y, sobre todo, abundante, compre un frasco de Danderine de Knowlton en cualquier botica o almacén, y úselo según las instrucciones que acompañan a cada frasco.



—¿Qué les parece unas clases de buenas maneras para los acaparadores enriquecidos últimamente?

Carlos Dickens. Sus ediciones suman veinticinco millones de ejemplares.

No parece que antes de la invención de la imprenta la difusión de los libros estuviera tan limitada que fuera un gran obstáculo para la paralela difusión de la cultura.

En efecto, circulaban los libros escritos a mano en mayor número de lo que generalmente se cree. Todavía existen y datan todos de épocas anteriores a la imprenta, más de 4.000 manuscritos griegos del Nuevo Testamento, más o menos completos, y cerca de 8.000 manuscritos latinos del Antiguo y del Nuevo Testamento.

A menudo se considera con incredulidad los relatos históricos de personas que, presas de una gran emoción, generalmente de terror, han encanecido en pocas horas. El doctor Lutati, de Roma, refiere varios casos observados en la reciente guerra. Cita, entre otros, el de un capitán de artillería, de 24 años, cuyo cabello volvióse completamente blanco durante los dos días de la batalla en el Piave. Un teniente, que estuvo a punto de ser tomado prisionero por el enemigo, presentaba encanecido todo el cabello de un lado de la cabeza: el cambio se había verificado en dos días. Más curioso es el caso de un maquinista de tren, hombre de treinta y ocho años, que después de cruzar con su máquina bajo el fuego de un bombardeo furioso, vió que se le caían los cabellos y las cejas apenas se los tocaba. Volvió a crecerle el cabello y las cejas, pero esta vez eran blancos. Sin embargo, poco a poco recobraron su color primitivo, y a los ocho meses no presentaba huellas del curioso fenómeno.

Dicen que Edison no entra en una sastrería desde hace veinticinco años. Cuando necesita un traje llama al sastre que le sirve desde hace veinticinco años y le dice simplemente: "Igual al que me hizo la última vez."

Hubo una época en que Edison tenía una curiosa manera de pagar sus deu-

das. Recibía una cuenta y la colgaba de un gancho sin preocuparse absolutamente de pagarla ni hacer el menor caso del acreedor. Por fin este último tenía que dirigirse a la justicia y sólo entonces el inventor pagaba la cuenta más las costas del pleito. Hecho esto colgaba tranquilamente la cuenta en otro gancho que en un marbete decía "Pagado".

¿Tendremos otra epidemia de influenza? Como se sabe, en algunos puntos de España, se ha repetido, y en un artículo de la revista norteamericana "Science", dice: En las pandemias que afligen al mundo a largos intervalos se ha observado que ocurre generalmente una segunda ola más o menos intensa de la enfermedad. Si ésta fuera una regla cierta, dentro de algunos meses tendríamos de nuevo la odiosa visita de la influenza."

En los países civilizados, de cada catorce hombres mayores de cuarenta años uno muere de cáncer. En las mujeres la proporción de la mortalidad debida al cáncer es de cerca del 13 por ciento.

La Oficina del Censo, de Washington, ha publicado una estadística correspondiente a cuarenta y seis grandes ciudades, que en total suman una población de 23 millones, que registra una mortalidad de 82.360 personas, a causa de la influenza y la neumonía, desde el 8 de septiembre al 9 de noviembre últimos. En tiempos normales las defunciones que ocurren por esas enfermedades son 4.000, de manera que en el año pasado hubo un aumento de 78.000. La mortalidad causada por la influenza en sólo la quinta parte de la población total de los Estados Unidos es mucho mayor que el número de muertos en la guerra europea, de las fuerzas expedicionarias norteamericanas.

Con el fin de saber si una oruga puede sufrir la metamorfosis que la conducen al estado de mariposa, después

de haberla amputado una parte del cuerpo y especialmente el cerebro, los señores Conte y Vaney, han realizado y están realizando sobre esto experimentos muy interesantes.

Cuando las orugas alcanzan su talla máxima, las ligan fuertemente en el punto de unión de la cabeza con el tórax, y a los dos días, cuando la región cefálica está completamente seca, se la cortan con unas tijeras por delante de la ligadura. De este modo obtienen orugas sin cabeza, que viven tan perfectamente como antes de la amputación, aunque anidan algo más despacio. La mortalidad es muy grande después de la metamorfosis de la crisálida. Esta mortalidad parece ser resultante de las dificultades que experimenta el insecto para desprenderse de su envoltura de larva que por consecuencia de la ligadura está estrechamente unida en la región anterior. Sin embargo, algunas crisálidas sobreviven; pero al estado de mariposa sólo ha llegado la especie "Lymantria dispar" y para eso ha sido preciso facilitar la salida del insecto despojándole de su envoltura de crisálida. La mariposa obtenida sólo difiere del tipo normal en que carece de cabeza.

AGUA CALIENTE CONTRA LAS JAQUECAS

**De porqué debe tomar todo el
mundo agua caliente con
fosfato antes del
desayuno.**

Todo dolor de cabeza se debe a la autointoxicación, que significa envenenamiento con los venenos de uno mismo. Los venenos del hígado y los intestinos, llamados toxinas, absorbidos por la sangre a través de los vasos linfáticos, excitan al corazón, el cual bombea la sangre tan a prisa que congestiona las arteriolas y venas de la cabeza y produce la palpitación y pena violenta que llamamos dolor de cabeza. Se pone usted abatido, nervioso, enfermo, febricitante, mal, se le agrian las comidas y todo le repugna. Entonces echa usted mano de la acetanilida, aspirina o de los bromuros que temporalmente lo alivian, pero que no libertan la sangre de estas toxinas irritantes.

Un vaso de agua caliente con una cucharadita de fosfato limestone, tomado por cierto tiempo antes del desayuno, no sólo eliminará estos venenos de su sistema y enará su dolor de cabeza, sino que limpiará, purificará y refrescará todo el canal digestivo.

Pídale a su farmacéutico un onzavo de libra de fosfato limestone. Cueste poco, es inofensivo como el azúcar y casi insípido, a no ser un ligero sabor acre que no es desagradable. Si usted no se está sintiendo bien, si tiene la lengua saburrosa o se despierta con mal gusto en la boca, aliento fétido o tiene un resfriado, indigestión, bilis, estreñimiento o acedia, empiece con el tratamiento del agua caliente fosfatada para que liberte su sistema de toxinas y venenos.

Los resultados son inmediatos, y según dicen los que continúan lavándose diariamente el estómago, el hígado y los intestinos, nunca tienen dolores de cabeza ni saben de momentos tristes.

El fosfato limestone se expende solamente en latitas cuadradas y toda oferta en otra forma debe rechazarse.

Para informes: L. F. MILANTA
Rivadavia 1255 Buenos Aires

CASTOR Y POLUX



Salinas.—Míralo a Elpidio: por renunciar su cartera, ahora es vigilante...
Nosotros no renunciaremos nunca, ¿verdad?
Gómez.—¡¡Jamás!!!

EL EJÉRCITO PERUANO

El soldado peruano es en general de raza indígena, si bien la ley de conscripción, generalizando el servicio militar, ha llevado a las filas a todas las clases sociales del país; distinguiéndose por su espontaneidad en el cumplimiento de tal deber, la juventud universitaria.

La ley de conscripción data de 1896, llamando obligatoriamente al servicio a todos los peruanos de 19 a 50 años.

Hay ejército permanente, formado con los conscriptos y los voluntarios. Los primeros se sortean cada año, entre los jóvenes de 19 años de cada departamento y los designados quedan a disposición del Estado Mayor General. El servicio de infantería dura tres años; los de artillería y caballería, cuatro. Los que no entran en servicio se denominan supernumerarios.

La primera reserva tiene por límite los 30 años; la segunda los 35. Dentro de estas reservas, cada departamento tiene un batallón de zapadores de 450 individuos, que, por 20 departamentos, dan 9.000 hombres. Once departamentos tienen distributivamente otros tantos escuadrones de caballería, de 169 plazas; igual a 1.859 jinetes. Lima tiene un cuerpo de cada arma, siendo el de artillería un regimiento de montaña, con 650 plazas.

La guardia nacional la forman los individuos de 35 a 50 años.

Sobre 3.000.000 de habitantes, el Perú daba, hace 10 años, 40.000 jóvenes de 19 años, de los que entraban en filas, por conscripción, unos dos mil. Hoy las cifras generales parecían haber aumentado; habiéndose creado hace un año nuevos cuerpos.

El Estado Mayor General tiene un jefe y un subjefe; y se divide en cuatro secciones, a saber: 1.ª organización e instrucción; 2.ª estudios tácticos y estadísticos; 3.ª estudios técnicos; 4.ª servicio topográfico.

Al empezar la guerra europea, retiróse del Perú la misión militar francesa, que desde 1896 presidía la organización y el entrenamiento del ejército peruano y de sus escuelas de oficiales y clases.

La oficialidad se educa en la Es-

cuela Militar y Superior de Guerra. Los alumnos de la Preparatoria y de la de Aplicación contraen el deber de servir cinco años en el ejército, o en sus dependencias. En la segunda, el oficial entra con grado de subteniente, ganado en examen.

La artillería en pie de paz comprende una brigada de montaña y un grupo de guarnición en el departamento fluvial de Loreto.

La infantería, doce batallones. La caballería, diez escuadrones.

Hay grupos de zapadores, ingenieros, sanidad, intendencia general y demás conexos.

El armamento es fusil Mauser 75 milímetros y carabina de igual modelo. Artillería Scheider Canet. Últimamente el Perú compró en Francia todo su armamento nuevo, incluyendo el cañón de 75.

Hay tres generales de división y cinco de brigada.

Las zonas militares son cuatro, subdivididas en 11 circunscripciones.

Las cualidades del soldado indígena son la obediencia, la resistencia, la sobriedad y el desprecio del peligro.

De la segunda y la tercera se dan ejemplos admirables: campañas sin más alimentos que el maíz y la coca, haciendo marchas forzadas por cordilleras sin caminos, para entrar a combatir sin reposo previo.

La gendarmería tiene un total de 2.100 hombres.

Para concluir, y como nota a la vez curiosa y compulsiva de las capacidades militares peruanas, transcribimos de "El Diario Ilustrado" de Santiago de Chile el siguiente parangón, escrito en muy reciente fecha.

La población del Perú, según Steglich era en 1918 de 8.227.410 habitantes, de los cuales 57.6 por ciento son indios, con los cuales no se debe contar sino hasta cierto punto.

En cambio no se puede desconocer que si el Perú tiene una menor población apta para la guerra que Chile, en cambio, es también evidente que esa población está mejor preparada que los chilenos.

En Chile, la ley de servicio militar obligatorio se cumple con graves dificultades; los jóvenes educados que son los llamados a ser los oficiales, no hacen su servicio militar, amparados por defectos de la legislación y por la competencia de los jueces.

En el Perú no se cumple sincera-

mente la ley, sino que están establecidas en todos los pueblos del territorio escuelas de tiro al blanco, en que se educa en este ejercicio tan elemental para la guerra a casi toda la población.

Mientras en Chile sus conscriptos durante el tiempo que están bajo la bandera hacen muy pocos ejercicios de tiro al blanco, en el Perú hasta el último ciudadano es un experto tirador.

El Perú es pobre en comparación con Chile. Su presupuesto total de gastos es menor de 30 millones de soles (más o menos de 50 millones de nuestra moneda), presupuesto que sólo llega a la sexta parte del nuestro.

De estos datos se desprende que el ejército del Perú es inferior al nuestro en armamento y municiones, pero es superior al nuestro por la preparación más completa y eficaz que se ha hecho por los llamados a tomar las armas en caso de un conflicto.

El ejército actual del Perú es sólo de 7.000 hombres, y el de Chile de 17.000.

Respecto a la marina de guerra nuestra superioridad es enorme, y en caso de un conflicto armado, el dueño del mar volvería a ser el vencedor.

Pero en este punto es el único en que podemos sufrir un desastre por una sorpresa.

Los buques más poderosos de nuestra armada son el "Prat", construido en 1890 y el "O'Higgins" y el "Esmeralda", construidos en 1897.

Pues bien: esos buques son muy viejos, y en las grandes naciones, no sólo los buques de esa edad, sino que el doble más poderosos que los nuestros, se eliminan del servicio.

El Perú tiene opción a comprar un buque viejo de alguna nación europea, y en un momento dado, con un solo buque, puede quedar con superioridad naval.

Aceite marca "FRANCÉS"

Para una buena comida use Vd. siempre un buen aceite. El aceite marca

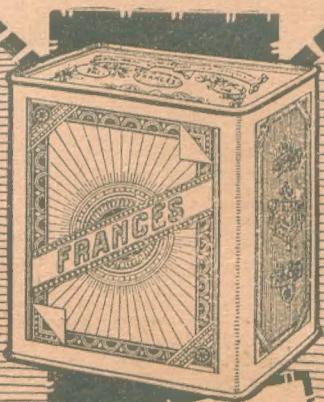
"FRANCÉS"

reune las condiciones del más exigente.

ARDANZA e Hijos

1529, San José, 1545

BUENOS AIRES



Recomendamos conservar la chapita colocada en la parte superior de cada lata del aceite marca "FRANCÉS" porque tiene un valor importante.



Sus más grandes aspiraciones.

UN TIRO

Estamos en un pueblecito. Conocida es la vida de un oficial de línea: por la mañana ejercicio y revista; come en casa del jefe del regimiento o en una posada judía, y por la noche el bol de ponche y las cartas. En el pueblecito no había ninguna casa que recibiera ni que pensara en ello. Nos reuníamos en casa de un compañero y allí sólo veíamos uniformes.

En nuestra sociedad sólo había un paisano. Este era un hombre de treinta y cinco años, poco más o menos, y por esta razón le considerábamos como un veterano. Su experiencia le daba cierta autoridad entre nosotros. Su habitual tristeza, su áspero carácter y su sarcástica lengua tenían grande influencia en nuestros inexpertos ánimos, y su existencia estaba rodeada de cierto misterio; aunque parecía ruso, llevaba un nombre extranjero.

En otro tiempo había servido en húsares y con

mos — nunca tomaba parte en estas conversaciones. Si por casualidad le preguntaban: — ¿Os habéis batido alguna vez? — respondía con un sí áspero y seco, pero no daba detalles de sus duelos, y se conocía que tales preguntas le eran sumamente desagradables.

Todos estábamos persuadidos de que su conciencia le acusaba de alguna víctima de aquel arte fatal, en que pudiera haber sido maestro. Por lo demás, nunca se nos había ocurrido sospechar que fuese cobarde. Es verdad que hay muchos hombres cuyo aspecto aleja toda sospecha sobre este punto. Pero sobrevino una aventura que nos asombró a todos.

Un día comíamos en casa de Silvio diez compañeros y bebíamos como de costumbre, es decir, enormemente. Después de comer, suplicamos a nuestro anfitrión tallara una banca. Este rehusó porque rara vez jugaba. Sin embargo, estrechado por nuestras instancias, hizo traer una baraja y después de echar sobre la mesa cincuenta ducados, comenzó a tallar. Todos nos agrupamos en derredor de la mesa y comenzó el juego. Como de costumbre, guardaba profundo silencio, no disputaba y nunca había que dar explicaciones. Si el que apuntaba

viendo que el dueño de la casa ya no pensaba en el juego, volvimos a nuestros alojamientos hablando de la próxima vacante que no podía menos de haber en el regimiento.

Al día siguiente, al menos en la revista, todos nos preguntábamos si vivía aún el pobre teniente. En aquel momento entró.

Todos nos dirigimos a él y nos dijo que hasta aquel momento no había oído hablar de Silvio.

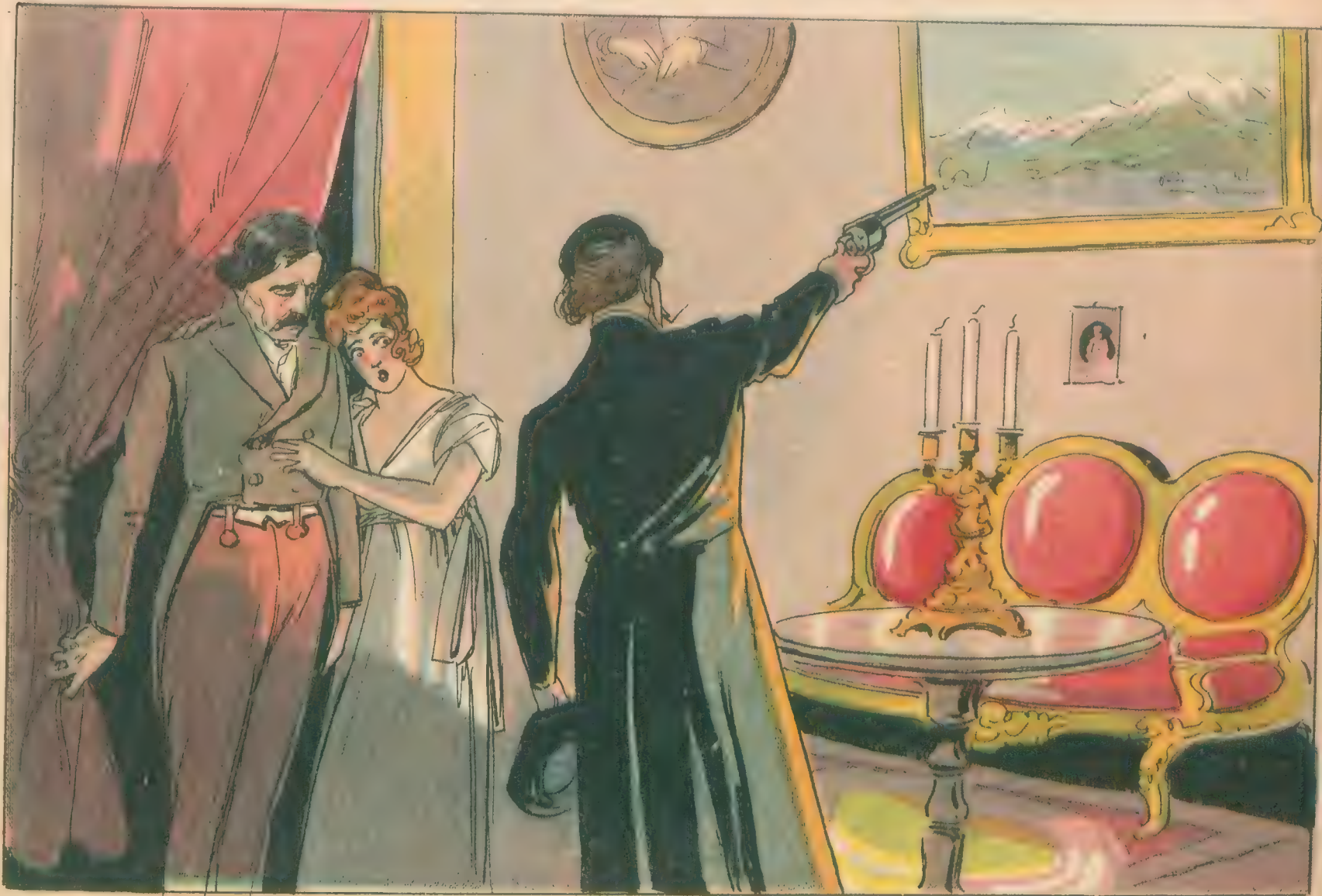
Entonces fuimos a casa de éste y le encontramos en el patio, pistola en mano y clavando bala sobre bala en un as pegado a la puerta cochera.

Recibímonos con su expresión habitual, y no habló palabra sobre el lance de la víspera.

Pasaron tres días y el teniente continuaba viéndolo. Todos nos preguntábamos si no se batiría Silvio. Silvio no se batió. Contentóse con una ligera explicación e hizo la paz.

Esto le perjudicó mucho en el aprecio de los jóvenes. La falta de valor es lo que se perdona más fácilmente en la primera edad de la vida, que ve en la bravura el "non plus ultra" de las virtudes humanas y la excusa de todos los vicios.

Sin embargo, todo se olvidó poco a poco y Silvio recobró su ascendiente sobre nosotros.



mucha fortuna. Todo el mundo ignoraba por qué había abandonado el servicio y se había instalado en un miserable pueblecillo donde la vida era triste y costosa. Siempre salía a pie aunque el tiempo fuera malo, y siempre vestía un gabán negro. Su mesa estaba a disposición de todos los oficiales de su regimiento, y su comida sólo consistía en dos o tres platos condimentados por algunos soldados viejos retirados del servicio; pero en cambio no se agotaba el champaña.

Nadie conocía sus recursos, pero tampoco se atrevía ninguno a preguntarle sobre este asunto. Su biblioteca estaba formada en gran parte de libros militares y novelas, que prestaba con gusto, sin que nunca las reclamara cuando olvidaban devolverlos. Pero debemos decir que, por su parte, no devolvía jamás los libros que le prestaban. Su principal ocupación era tirar a la pistola; las paredes de su cuarto, acerbilladas a balazos, estaban llenas de agujeros, como una colmena. Su único lujo era una rica colección de pistolas; tal era la perfección con que mamejaba esta arma que si hubiese propuesto a un oficial de nuestro regimiento derribar de un balazo una manzana puesta sobre su cabeza, no hubiera vacilado en aceptar.

En nuestras conversaciones, frecuentemente hablábamos de duelos; Silvio — este nombre le daba-

padecía un error, él pagaba lo que faltaba; si el error era en su provecho, lo escribía.

Desde mucho tiempo sabíamos esto y le dejábamos obrar a su gusto; pero aquel día estaba con nosotros un oficial recién llegado al regimiento; jugando con distracción dobló una apuesta; Silvio tomó un lápiz y según su sistema, la apuntó. Creyendo el oficial que se había equivocado, quiso una explicación; pero Silvio, sin hacerse cargo de ello, continuó tallando. Perdiendo la paciencia entonces el oficial, cogió el lápiz y borró lo que creía estar de más. Silvio tomó a su vez el lápiz y volvió a escribir la cantidad. Excitado el oficial por el vino, el juego y las risas de sus compañeros, se creyó gravemente ofendido, y en un movimiento de cólera cogió un candelabro y se lo arrojó a Silvio a la cabeza; éste, por fortuna, esquivó el golpe.

Silvio se levantó pálido de cólera y arrojando llamas por los ojos.

— ¡Salid, caballero, — le dijo, — y agradeced a Dios que haya sucedido esto en mi casa.

No podíamos engañarnos sobre el resultado de aquella agresión, y mirábamos ya a nuestro compañero como muerto. El oficial salió diciendo que, habiendo insultado a Silvio, estaba dispuesto a darle la satisfacción que quisiese.

Continuamos jugando algunos minutos aún, pero

Unicamente yo no podía acercarme a él: dotado de imaginación novelesca, era el más adepto a aquel hombre, cuya vida era un enigma y que se me aparecía como héroe de una novela misteriosa. El me apreciaba, y si no me apreciaba, solamente conmigo prescindía de sus habituales sarcasmos y hablaba de todo con franqueza, sencillez y agrado. Pero después de aquel desgraciado lance, la idea de la mancha que había recibido su honor, mancha que no había querido lavar, no me abandonaba y me impedía ser para él el mismo que antes: imposible me era mirarle a la cara.

Silvio era demasiado perspicaz y demasiado experimentado para no conocer mi frialdad y adivinar la causa; parecióme que lo sentía; al menos observé que dos o tres veces había deseado explicarse conmigo; pero yo rehusé, y Silvio renunció a la explicación.

Desde entonces sólo le vi en compañía de mis camaradas y cesaron nuestras conversaciones íntimas.

Los habitantes de las ciudades ignoran esas sensaciones tan conocidas de los que habitan las aldeas, como por ejemplo, la llegada del correo: los martes y los viernes se llenaba de oficiales el cuartel de nuestro regimiento; uno esperaba dinero, otro periódicos, aquél cartas; las cartas se abrían

habitualmente en el acto, circulaban las noticias y el cuartel ofrecía un cuadro sumamente animado.

Silvio recibía sus cartas por la vía militar y se presentaba en el cuartel los días de correo. Una vez le entregaron una, cuyo sobre rompió con viva impaciencia. Al leerla lanzaron relámpagos sus ojos; pero como cada cual se ocupaba de sus asuntos, ninguno se fijó en ello.

—Señores—dijo Silvio—el estado de mis asuntos exige que parta inmediatamente. Parto, por consiguiente, esta noche, y espero que no rehusaréis comer conmigo por última vez. Os espero a vos también y os espero absolutamente—añadió dirigiéndose a mí.

Dicho esto salió precipitadamente, y nosotros también, prometiéndonos acudir a la invitación.

Llegué a casa de Silvio a la hora indicada, y allí encontré a casi todos los oficiales del regimiento: los muebles y efectos estaban embalados, no quedando más que las paredes acibilladas a balazos.

Sentámonos a la mesa; el dueño de casa estaba de buen humor, y pronto se nos comunicó a todos: saltaron los tapones, llenáronse los vasos y deseamos de todo corazón feliz viaje al que partía.

Era tarde ya cuando nos levantamos de la mesa; todos empezaron a despedirse, y cuando iba yo a hacer lo mismo, me cogió Silvio la mano, diciéndome en voz baja:

—Necesito hablaros.

—Quedéme, pues. Cuando se retiraron todos, quedamos uno enfrente de otro, y en medio del más profundo silencio, comenzamos a fumar nuestras pipas.

Silvio estaba preocupado; no le quedaba rastro alguno de su nerviosa alegría: su lívida palidez, sus brillantes ojos y las nubes de humo que le rodeaban le hacían parecer un demonio.

Pasaron algunos minutos y Silvio rompió al fin el silencio.

—Tal vez no nos volvamos a ver más—me dijo.—Antes de partir quisiera tener una explicación con vos. Quizá habréis observado que me ocupo poco de la opinión que puedan formar de mí; pero como os aprecio, sentiría dejaros conservándome en mal concepto.

Detúvose para llenar otra vez la pipa, y yo callé permaneciendo con los ojos bajos.

—¿Verdad que os ha parecido extraño que no pidiese reparación a ese borracho estúpido que me arrojó el candelabro a la cabeza? Comprenderéis que teniendo la elección de armas y el derecho de tirar primero, su vida estaba en mis manos, mientras que la mía ningún peligro corría. Podía atribuir mi acción a grandeza de alma; pero no quiero mentir; si hubiese podido castigarle sin arriesgar mi vida, no le hubiera perdonado.

Al oír esto miré estupefacto a Silvio: tal confesión me repugnaba.

Silvio continuó:

—Sí, es cierto, no tengo derecho a arriesgar mi vida. Hace años recibí un bofetón, y el que me lo dio vive aún.

Mi curiosidad estaba sumamente excitada.

—¿No os batisteis?—le pregunté.—¿Vuestros negocios sin duda os habrán alejado al uno del otro?—Me batí—dijo Silvio,—y ved la prueba de nuestro duelo.

Levantóse y tomó de una caja una gorra de uniforme, que se colocó en la cabeza: tenía un agujero de bala a una pulgada de la frente.

—Ya sabéis—dijo Silvio,—que he servido en el regimiento de húsares ***. Conocéis mi carácter y habréis podido comprender que estoy acostumbrado a ser el primero en todo. En mi juventud esto fué una necesidad irresistible: en mi tiempo estaba en moda ser alborotador, y yo era el primer alborotador de todo el ejército. Aplaudíamos a los bebedores intrépidos y yo he bebido más que el célebre D... que fué cantado por D. D. En nuestro regimiento eran más que diarios los duelos, y en todos era testigo o actor. Mis compañeros me adoraban, y los comandantes, que a cada momento eran cambiados, me consideraban como un mal incurable que añadía al regimiento.

Descansaba yo sobre mis laureles, cuando un joven, rico y de ilustre familia—permitid que calle en nombre—ingresó en el regimiento.

Nunca había visto hombre más feliz.

Figurao la juventud, el talento, la belleza, la loca alegría, el valor sin límites, un bolsillo inagotable, todo esto reunía además de su gran nombre. Ya comprenderéis qué puesto había de ocupar entre nosotros.

Mi imperio vacilaba. Oyendo hablar mucho de mí, empezó por desear mi amistad; pero le recibí con frialdad, y él se alejó con indiferencia.

Cobróle rencor, y su éxito en el regimiento y con las mujeres me llenó de desesperación.

Empecé a buscarle quimera, pero respondía a mis cartas con epigramas más agudos y picantes

que los míos. Mi rabia aumentaba porque conocía su superioridad.

En fin, en un baile, en casa de un señor polaco, viéndole objeto de atenciones por parte de todas las mujeres, y especialmente de la dueña de casa, que estaba en relaciones conmigo, me acerqué a él y le dije al oído una injuria grosera.

Al oírlo perdió la cabeza y me dió un bofetón. Echamos mano a los sables, desmayáronse las señoras; nos separaron, y aquella misma noche arreglamos el duelo.

Cuando amaneció, estaba yo en el sitio designado con mis testigos, esperando con ansiedad la llegada de mi adversario. El sol de primavera había salido ya y derramaba su calor. A los pocos momentos le vi a lo lejos; traía la pelizza colgada en el sable, y venía a pie y acompañado de un solo testigo.

Salimos a su encuentro, y se acercó a nosotros llevándolo en la mano su gorra llena de cerezas.

Yo tenía derecho a disparar primero; pero era tal la agitación de mi pulso, que no estaba seguro de mi bala, e insistí para que tirase primero él; pero rehusó.

Entonces decidimos someternos a la suerte.

La suerte fué para aquel favorito de la fortuna. Apuntó y me atravesó la gorra.

Había llegado mi vez. Al fin tenía su vida entre mis manos.

Mírole con avidez, tratando de descubrir en él la menor sombra de estremecimiento; pero esperaba mi bala comiendo cerezas, cuyos huesos arrojaba a mis pies.

Su sangre fría me exasperó.

—¿Qué necesidad hay—me dije,—de arrebatarme la vida a un hombre a quien le parece tan indiferente?

Una idea diabólica atravesó mi mente; bajé la pistola y dije:

—Creo que no estáis preparado a morir, puesto que almorzáis con tanta tranquilidad. Permitid que os deje terminar el desayuno.

—No me incomodáis, caballero; pero obrad como gustéis. Tenéis un tiro que disparar contra mí; bien ahora o bien más tarde, siempre estaré a vuestra disposición.

Entonces me volví hacia mis testigos y les dije:—No dispararé hoy.

Estaba terminado el duelo.

Pedí la licencia y me retiré a este pueblecito, en donde no he pasado un día sin pensar en la venganza.

Pero ha llegado la hora.

Silvio sacó del bolsillo la carta que había recibido aquella mañana y me la dió para que la leyera.

Uno, creo que su agente de negocios, le escribía que el individuo en cuestión se disponía a casarse con una joven encantadora.

—Desde luego comprenderéis,—continuó Silvio—quién es el individuo en cuestión. Pues bien, parto para Moscú, y ahora veré si mañana o pasado mañana le será tan indiferente la muerte como el día en que comía cerezas.

Diciendo esto, se levantó Silvio, arrojó la gorra al suelo y empezó a pasearse por el cuarto como un tigre en la jaula.

Mirábale sin pestañear, y observaba que chocaban en su mente opuestas y extrañas ideas.

El criado entró diciendo que estaban preparados los caballos. Silvio me estrechó la mano; nos abrazamos; montó en un carruaje en que sólo llevaba un saco de viaje y una caja de pistolas, y partió al galope.

Muchos años pasaron después; mis negocios me obligaron a habitar en una aldea en el distrito de N... Aunque me ocupaba de los asuntos de mi casa, no por eso dejaba de echar de menos mi vida de otro tiempo, tan alegre y desahogada. Lo único a que no podía acostumbrarme era a pasar las largas veladas de primavera o invierno en completa soledad. Hasta la hora de comer encontraba el medio de matar el tiempo, bien hablando con mi "starosta", bien visitando mis campos, o bien las construcciones que hacía ejecutar; pero en cuanto descendía el sol al horizonte, no sabía ya qué hacerme.

Los pocos libros que había podido encontrar, los sabía ya de memoria; las historias y cuentos que podía referirme mi ama de llaves, Kiroloyna, los había escuchado muchas veces, y las canciones de los aldeanos habían concluido por inspirarme melancolía. Hubo una ocasión en que recurrí al licor de cerezas; pero este licor me abrasaba, y temía llegar a convertirme en borracho "por tristeza", la peor especie que conozco y que abunda en aquel distrito.

No tenía más vecinos que dos o tres borrachos amargos cuya conversación consistía frecuentemente en bostezos y suspiros: en vista de todo esto, comprendí que lo mejor que podía hacer era acostarme temprano, comiendo lo más tarde posible. De este modo prolongaba los días y acertaba las noches.

A cuatro kilómetros de mi casa había una rica

propiedad de la condesa de B..., pero en ella no vivía nadie más que el intendente. La condesa estuvo en ella un mes durante el primer año de su matrimonio, y en la segunda primavera de mi soledad corrió el rumor de que la condesa vendría con su esposo a pasar el estío en el campo, y, en efecto, llegaron a primeros de junio.

La llegada de un rico vecino es un acontecimiento para los que viven fastidiados en el campo. Los propietarios y sus criados hablan de ellos dos meses antes de que lleguen y tres después de que partan. Por lo que a mí hace, os confesaré francamente que la llegada de mi joven y rica vecina había ocasionado gran trastorno en mi existencia, y que me devoraba la impaciencia de verla. Por esta razón, el primer domingo, después de su llegada, fui a su propiedad para ofrecerle a su excelencia, como el vecino más próximo y el servidor más respetuoso.

El lacayo me llevó al gabinete del conde y me dejó en él para ir a anunciarme.

Aquel inmenso gabinete estaba adornado con el mayor lujo. Las paredes estaban cubiertas por los armarios de libros y sobre cada uno de aquellos había un busto de bronce; sobre la chimenea de mármol brillaba un gran espejo. Sobre el piso había un paño verde, y sobre el paño tapices. Como en mi retiro había perdido la costumbre del lujo y hacía mucho tiempo que no veía riquezas, sentí una emoción parecida al temor, y esperé al conde con la extraña sensación del pretendiente de provincia que espera la salida del ministro.

Abrióse la puerta, y un hombre de noble rostro, de treinta y dos a treinta y tres años de edad, entró en el gabinete.

El conde, porque era él, se acercó a mí con aire franco y amistoso. Empezaba a tranquilizarme y trataba de dominarme por completo, cuando me interrumpió el conde.

Nos sentamos, y su alegre conversación acabó de disipar mi salvaje timidez.

Empezaba ya a entrar en posesión de mí mismo, cuando vi entrar a la condesa, y quedé más turbado que anteriormente.

Era hermosísima en verdad.

El conde me presentó a su esposa y yo traté de mostrarme amable; pero cuanto más lo procuraba más turbado me veía.

Para darme tiempo a dominar mi emoción, el conde y la condesa empezaron a hablar entre ellos, concluyendo por tratarme como si fuese antiguo conocido, es decir, sin ceremonia; mientras hablaban examiné los libros que había sobre las mesas y los cuadros colgados en las paredes. No soy entendido en pintura, pero uno de aquellos cuadros me llamó la atención.

Era un paisaje de Suiza; pero no era el paisaje ni la ejecución lo que yo miraba, sino un doble balazo que había atravesado el cuadro.

—¡Diablo! he ahí un buen pistolazo—dijo al conde.

—Sí—respondió,—es un tiro notable, ¿verdad? Y vos—me preguntó—¿tiráis bien?

—Medianamente—le respondí,—a treinta pasos estoy casi seguro con una pistola que conozca, de poner una bala en una carta de baraja.

—¡Ah! ¿de veras?—dijo la condesa con suma curiosidad.—Y tú, amigo mío,—añadió volviéndose hacia su esposo,—¿harías otro tanto?

—Probaremos—dijo el conde.—En otro tiempo era algo diestro en ese ejercicio; pero hace cuatro años que no he tocado una pistola.

—En ese caso—repliqué—apuesto a que no tocáis una carta ni a veinte pasos de distancia. La pistola exige ejercicio diario; lo sé por experiencia: en el regimiento era uno de los mejores tiradores de pistola. Una vez ocurrió que teniendo mis armas en reparación; estuve un mes sin tirar, y la primera vez que lo hice erré cuatro veces seguidas una botella a veinticinco pasos. Es preciso no abandonar este ejercicio, señor conde, de lo contrario se pierde en seguida la destreza. El mejor tirador que he conocido acostumbraba a cortar todos los días, antes de comer, tres balas en un cuchillo. Esto era tan necesario para él como la copita de aguardiente antes de la sopa.

El conde y la condesa parecían muy satisfechos de verme lanzado a la conversación.

—Y cómo tiraba?—me preguntó el conde.

—De modo muy sencillo—respondí,—si veía una mosca en la pared—¿os reís, condesa?—os juro que digo la verdad,—gritaba: Causma, una pistola". El criado le traía una cargada; apenas tomaba tiempo para apuntar:—¡paf!—la mosca quedaba aplastada en la pared.

—Es maravilloso,—dijo el conde,—¿y cómo se llamaba?

—Silvio.

—¿Habéis conocido a Silvio?—exclamó el conde dando un salto.—¿Habéis conocido a Silvio?...

—No sólo conocido; éramos amigos. En el regi-

(Continúa después de la página infantil)

MERCEDES DIAZ



Entre la escasa colección de tiples que forman la plana mayor del género chico español, corresponde uno de los primeros puestos a esta graciosa cantante. De familia de artistas, todos buenos, es hoy Mercedes Diaz una de las pocas tiples que diciendo hacen sentir. Su alma inquieta y su talento artístico, se revelan de tal modo en el papel que interpreta, que bastan estas solas cualidades para destacar en la escena los prestigios de su personalidad.



La noticia de la muerte del señor Cleto Bellelli, acaecida en Roma el 10 de enero último, que ha poco transmitiera el cable con cruel laconismo, no pudo menos de producir la más honda y dolorosa sorpresa entre los deudos, compañeros y amigos de este malogrado y pundonoroso joven.

Inteligente oficial de reserva del arma de caballería del ejército argentino, donde se distinguiera por su competencia profesional, y su dominio sobre la equitación y la esgrima, el señor Bellelli, llevado de los más nobles impulsos, partió a Europa, hace pocos meses, e ingresó al ejército italiano, entre cuyas filas prestó voluntariamente su concurso a la causa de la justicia, durante las últimas acciones de guerra.

Allí le sorprendió la gripe, y esta traidora enfermedad tronchó en flor la existencia de nuestro compatriota cuando su lozana juventud, su sano optimismo y sus nobles anhelos le hacían asomarse a la vida pleno de fe en los más bellos destinos.

El padre del extinto, señor Ezio Bellelli, caballero extensamente vinculado en nuestra sociedad, ha recibido innumerables testimonios de condolencia por la desgracia que le aflige.

LIGA RADICAL DE PROTESTA



Los señores Raúl Villanueva, Adolfo Casal, Ramón Giménez, Roberto Martínez, Germán Dávila, Pedro Luisóni, Santiago Galíndez, Gabriel Monserrat, Alberto Negrete, Manuel Rodríguez, Pedro Antonio Ferrer y Alberto Ezeiza, miembros del partido radical, que bajo la presidencia del primero de los nombrados, han constituido un núcleo político denominado Liga Radical de Protesta, en abierta disidencia frente a la absorbente política presidencial.



Ironía prusiana: sobre un montón de escombros, en el lugar en que antes de la invasión se alzaba la iglesia de Passchendale, los alemanes colocaron un cartel que decía: "Iglesia de Passchendale".



Una estatua de Guillermo de Hohen-zollern que la megalomanía del ex kaiser hizo colocar en la catedral de Metz como imagen del profeta Daniel. Algunos franceses le agregaron un cartel que dice: "Sic transit gloria mundi".



Una de las muchas banderas norteamericanas, muy caprichosas por cierto—tiene once estrellas y siete fajas—confeccionadas secretamente por mujeres alacianas para izárlas el día de la entrada de los aliados en Metz.

INSTITUTO DE LA ENCINA



Alumnas premiadas en los exámenes realizados el 28 de diciembre pasado. De izquierda a derecha, primera fila: Antonia Ferrari, Angela Gancedo, Carmen Billasuso, Juana de la Encina, María Escalioni.—Segunda fila: Concepción Fernández, Ofelia García, Auria J. de Blanco, María Badaracco, Beatriz Reppeto, Josefina Gancedo.—Tercera fila: Clelia Oruco, Eurondina C. de Alvarez, Gabriela Garmendia. En círculo: Susana de la Encina, directora del establecimiento.

"Fray Mocho" en Puente del Inca



La señora de Hughes, durante el desarrollo de un partido de tenis.



El banquero señor Tornquist, haciendo de "pavo" en el jueguito del mismo nombre, con que los veraneantes suelen divertirse a orillas del lago de Los Horcones.



El ingeniero señor Guevara, reconociendo el chamboneo alarmante de que es víctima, decide no jugar más.



Un núcleo de excursionistas disfrutando las delicias de la temperatura, junto al lago de Los Horcones.



Descanso reparador en la falda de una colina, durante un paseo a pie por lugares pintorescos.



El conocido actor, señor Rosich, en camino a la República de Chile.



Señoritas de Benso y Filipotti contemplando el paisaje desde la terraza del hotel.



La señora de Alvarez dirigiéndose a los baños.

PORTLAND CRIOLLO



El embajador de los Estados Unidos Mr. Stimson, el presidente del directorio local, doctor Ricardo Aldao, y numerosos técnicos de los ministerios de obras públicas de la nación y de la provincia, y de la dirección de obras de salubridad, durante la visita efectuada el sábado 25 del mes anterior a las instalaciones de la gran fábrica de cemento portland recientemente establecida en Sierras Bayas, y que actualmente se encuentra en pleno funcionamiento.



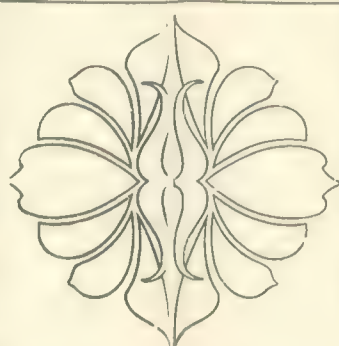
Mesa principal del almuerzo efectuado en la residencia del superintendente del establecimiento, a cuyo acto asistieron el embajador norteamericano Mr. Stimson, los señores Ricardo Aldao, Carlos Guerrero y otros caballeros.



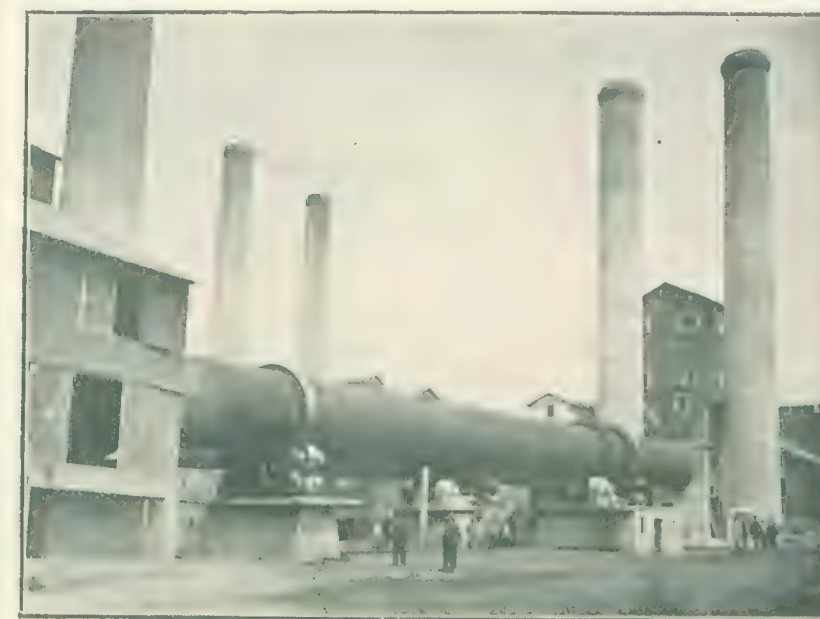
Vista general de la fábrica de cemento que un sindicato de capitalistas norteamericanos ha instalado en Sierras Bayas. Este importante establecimiento, el primero de su índole que se erige en el país, ha costado la enorme suma de siete millones de pesos moneda nacional, y las grandes y poderosas máquinas de que se halla dotado, tienen capacidad productora para elaborar diariamente más de dos mil quinientas barricas de cemento de 180 kilos cada una.



Una vista parcial de las canteras con las vagónetas que ascienden automáticamente conduciendo la piedra hasta el primer molino donde se inicia su pulverización por medio de complicados procedimientos.



Vista de la casa donde se hallan instalados la contaduría de la fábrica, los laboratorios químicos y las oficinas de planos y dibujos.



Horno de gigantescas dimensiones y capacidad suficiente para fabricar cuatrocientos cincuenta mil kilos de cemento, cada veinticuatro horas.



Casillas levantadas provisoriamente con destino a los obreros de la fábrica. Al fondo, el edificio, pabellones y dependencias del establecimiento.



Los dos grandes tanques aptos para contener una masa líquida de cuatro millones de litros cada uno, destinados al aprovisionamiento de agua de la fábrica y de la población.



El doctor—este sí que es doctor con "c"—José León Rodeyro, uno de los Gabinos de la kausa. Se lo disputan las chicas del balneario de La Perla. No obstante su paradón de com'sario de Las Lajas y su "funghi" de "soviète" periférico, es un buen muchacho, casado, etc.



El otro Miguel Ángel del radicalismo, Miguel Ángel Tobal, que con Miguel Ángel Denovi, constituyen seráfica avanzada. Aquél, o sea el que en esta fot. empuña correctos guantes color patito Pekín, es ingeniero agrónomo, y por lo tanto, puede suceder a don Federico Alvarez de Toledo, en marina, dándole "changüi", pues sabe nadar. Entiende de padrones y de patronos, de injertos y de Olivos (F. C. C. A.)

De la rambla marplatense



El "dotor" Carlos Merlini, graduado en "La Hunibersidá Popular della Voca", con tres peines del régimen descreído y falaz; Pepe Figueroa Alcorta, Justiniano Posse y el doctor Peña. ¡Ojo a los pantalones de coy del amigo de "El Hombre"!



Benito, para quien los años son primaveras sin fin. Ahí le tienen ustedes, a la vera de la agencia del diario de Pepe Cortejarena, echando párrafo con Luisito Estrada y encartuchado en democrático ambo de franela Bianchetti, que, a la larga, heredará el viejecito Conde o el conocido periodista argelino León Gosenvalt.

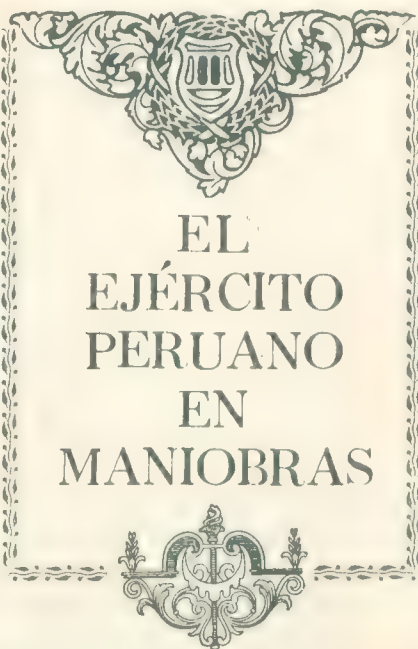
RACING CLUB



Parte de la concurrencia que asistió a la asamblea anual realizada por esta popular y muy respetable institución deportiva, con objeto de proceder a la elección de los miembros que han de constituir su nueva comisión directiva.



Preparando un avance.



EL EJÉRCITO PERUANO EN MANIOBRAS



Tiradores expertos atrincherados.



Reconocimiento de caballería.



Artillería de campaña.



Saludando la bandera.



Vivac de caballería en Monterrico, cerca de Lima.

Una visita al haras Chapadmalal



El señor Miguel Alfredo Martínez de Hoz, presidente del Jockey Club y copropietario del haras Chapadmalal, dando explicaciones a un grupo de distinguidas damas, que fueron a visitar dicho establecimiento.



El gran "Botafogo" instalado en su nueva residencia del haras Chapadmalal, para cuyo servicio de monta fué recientemente adquirido por los señores Martínez de Hoz y Villanueva, en la suma de cuarenta mil libras esterlinas. Como el traslado del célebre hijo de Old Man y Korea se efectuara durante los últimos días de agitación obrera, fué escoltado en el viaje por una sección de artillería.



Señoritas de Castro, Bidau, Cantillo y otras, en la puerta del box destinado a "Botafogo", a quien cupo el honor de recibir el gentil elogio femenino.



Los señores Bustillo y Robirosa, que formaban parte de los visitantes al haras.



Un grupo de damas en la puerta del edificio del magnífico establecimiento de campo.



"Amsterdam", el notable hijo de Pietermaritzburg y Haya, que después de una brillante campaña por nuestras pistas, fué adquirido por los propietarios del Chapadmalal, donde actualmente forma parte del lote de sementales.



El célebre "Craganour", por Desmond y Veneration II, gran campeón de las pistas inglesas, y otro de los excelentes padrillos del citado haras, que más se están distinguiendo por su inmejorable descendencia.

EL HOMBRE SERPIENTE

Me hallaba en la terraza que hay frente al circo de verano, apurando un cigarro a altas horas de la noche, cuando fué a sentarse a mi lado un "gentleman" vestido a la última moda de Londres.

Aquella cara de largos bigotes retorcidos no me era desconocida; pero en estos días de Exposición le presentaban a uno tanta gente extraña, que no es posible retener en la memoria ni la fisonomía ni el rostro de todo el mundo.

Así, pues, me pareció que estaba yo en el deber de saludarle el primero, y le dije:

—Perdone usted, caballero, que haya dudado un momento en dirigirle la palabra; pero tengo la seguridad de que nos han presentado no hace mucho tiempo...

El caballero me saludó, y contestó con marcado acento inglés.

—Caballero, tal vez acaba usted de salir del circo.

—Precisamente.

—Entonces hace un instante que me ha visto usted con la cabeza entre la piernas...

—¡El hombre serpiente!—exclamé, reconociéndole en seguida.

—John Harry Walter—contestó el gimnasta, haciendo otra inclinación de cabeza.

No quiero hacer al lector la injuria de suponer que no haya visto nunca a un dislocado, y renuncio a hacerle la descripción de los trabajos que el hombre serpiente realizaba. Baste decir que era el dislocado más prodigioso que haya existido jamás. Sus contorsiones, sus desarticulamientos eran casi increíbles.

Elogié su labor con entusiasmo.

J. H. Walter pareció quedar muy satisfecho de mis elogios; la seriedad británica desapareció de su rostro y nos pusimos a hablar amigablemente.

Tuve la curiosidad de saber si aquella monstruosidad acrobática había proporcionado al artista muchas aventuras amorosas.

Me contestó con franqueza.

—Caballero, la castidad, que ni los monjes observan siempre, es obligatoria para un artista de mi especie. Ya comprenderá usted que no he obtenido en un día este dominio tan absoluto de mi cuerpo. El mismo día en que nací empezó mi padre a dislocarme. Me hice hombre abrigando siempre el deseo de ser el dislocado más grande de este siglo y quizás de todos los tiempos. No he tenido jamás otra ambición ni otro propósito. Respecto al extremo particular que usted me indica, me he impuesto la más absoluta abstinencia. Tengo toda la apariencia de un hombre fuerte; mi pecho es más ancho que el de usted; pero dentro oculto unos pulmones de niño, atrofiados por el ejercicio cotidiano. La tisis me acecha. Me llevará muy joven, a no ser que el mejor día, en pleno circo, se me rompa el cuello, cosa que, a decir verdad, sería preferible.

Dijo todo esto el acróbata con tal naturalidad y tan convencido de sus palabras, que no me creí en el caso de animarle respecto a su suerte. Pero como deseaba conocer qué clase de sentimiento pudiera sobreponerse al sacrificio resignado de la vida en un ser de cultura tan escasa, le pregunté con interés:

—Comprendo perfectamente, señor Walter, que los aplausos le apasionen mientras duren como recompensa a los sacrificios y a la muerte próxima; pero cuando ha pasado la exaltación febril del circo, en los momentos de

descanso y de soledad como éste, ¿no maldice usted su suerte?

El inglés se sonrió y me dijo:

—Tengo un remedio contra el fastidio, una pasión que me impide pensar en nada: el juego, caballero. Juego sin freno durante noches enteras; me juego los miles de francos que los empresarios me pagan cada noche. Peor aún, me he jugado el esqueleto y lo he perdido.

Como los mozos del café empezaban a retirar las sillas de la terraza, mi interlocutor me dijo:

—Nos echan de aquí. ¿Quiere usted acompañarme a mi hotel? Allí le contaré la historia de esta pérdida.

Una vez en el hotel, continuó diciendo:

—Hace cinco años me hallaba en Londres trabajando y todas las noches jugaba al pocker con una desgracia desesperante. Di al traste con todos mis ahorros. Estaba ya sin un céntimo cuando se me ocurrió la idea de insertar en un periódico el siguiente anuncio: "J. H. Walter, el célebre hombre serpiente, pone a la venta su esqueleto al precio de mil guineas, jugadas en el acto." Al día

SINFONIA CONYUGAL



—¡Recáspita! ¡qué golpe!
—No es nada, verás, te voy a explicar: al agacharme, sabes, pegué en el ángulo del mármol de la cómoda.



La intangible apareciendo.—¡Aquí está el ángulo del mármol!

siguiente se me presentó en casa el célebre cirujano John Adams, que asiste a la reina y a toda la familia real. Me hizo desnudar, auscultóme el pecho y examinó detenidamente todo mi cuerpo, y después, sin decir palabra, sacó un cuaderno de bolsillo y me entregó un cheque de mil guineas. ¡Ay! La mala suerte que me persigue se llevó en seguida ese dinero y el que gané en los circos. Hace dieciocho meses que perdí la última moneda del cirujano. Pero aunque ese tesoro se haya evaporado, subsiste el contrato. Para no faltar viaje siempre con esto...

El hombre serpiente se levantó, se acercó a la cama e inclinándose sacó una caja de madera estrecha y larga como su cuerpo. En la tapa había pintadas con grandes letras estas señas: Doctor J. Adams.

Champion Terrace.—Denmark.—Hill London.

Levantó la tapa y vi que el interior estaba vacío.

—Esto—me dijo—es mi fétetro y viajo siempre con este estuche. Donde me rompa la crisma, me embalsamaré inmediatamente y me embalarán

aquí dentro. Lea usted este letrero pegado en el interior de la caja.

Me acerqué y leí:

"Se ruega a las personas que metan aquí al gimnasta J. H. Walter que inyecten en las venas de su cadáver una solución de cloruro de mercurio y de vinagre, según el sistema del doctor americano Uro.

Si esto no fuese posible, se podrá emplear una inyección de cuatro litros y medio de sulfato de cinc. Este procedimiento será preferido en caso de que el transporte de la caja haya de durar más de quince días."

—Bueno—me preguntó. ¿Qué opina usted de todo esto?

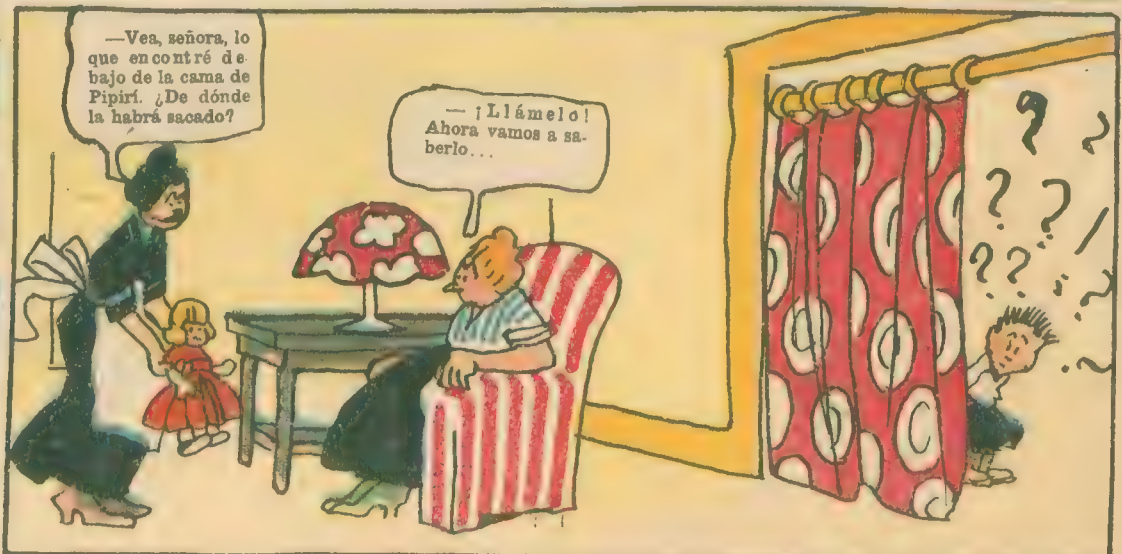
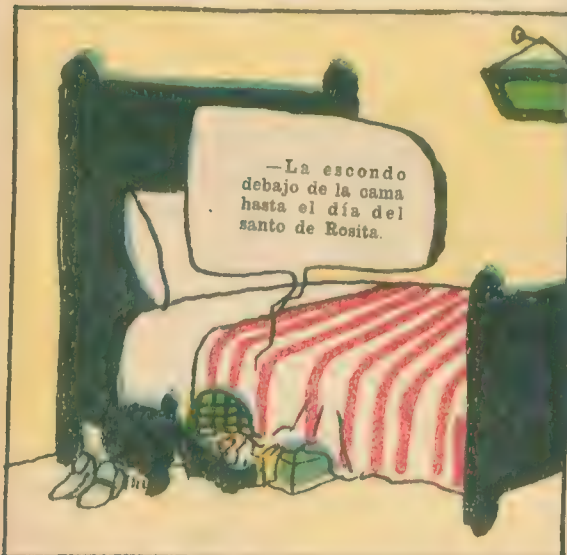
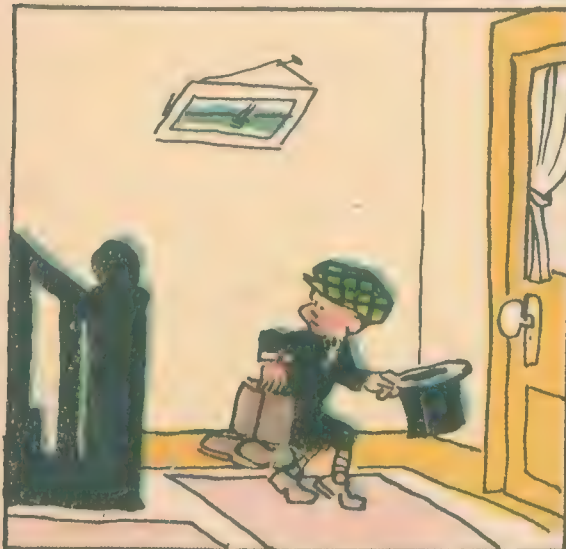
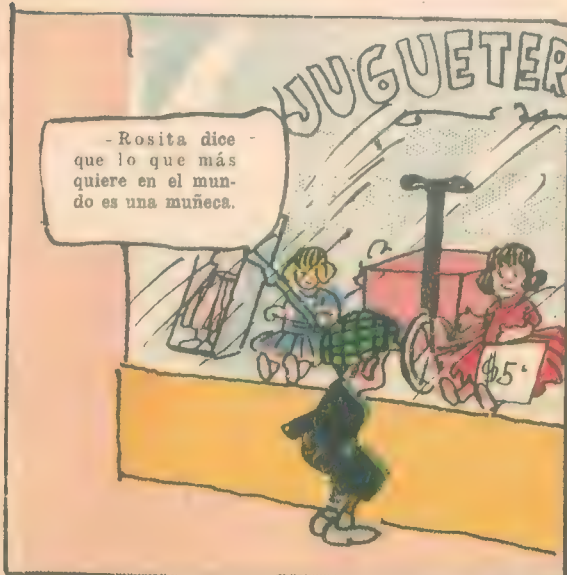
—Pues pienso, amigo mío, que más de una vez habrá usted tenido ganas de dejar olvidada en alguna estación esta extraña caja.

Yo lo tomé a broma, para obligarle a descubrir por completo su pensamiento, pero el hombre serpiente me contestó con sequedad:

—Jamás se me ha ocurrido tal cosa, caballero. Un "gentleman" no falta nunca a su palabra.

Hugues LE ROUX.

PÁGINA INFANTIL.—Aventuras de Pipirí



(Continuación de UN TIRO)

miento lo considerábamos como compañero, y hace cinco años que no he oído hablar de él; pero a juzgar por vuestras palabras, vos lo habéis conocido también, señor conde.

—Sí, le he conocido, y bien, os lo juro. Si érais su amigo, como decís, os debió referir una historia bastante singular.

—La de un bofetón que recibió en un baile?

—¡Sí! ¿y os dijo el nombre del que le dió el bofetón?

—No, señor conde.

En seguida, iluminado por una idea y mirando a la condesa:

—¿Fuisteis vos?—exclamé.

—Sí, yo—exclamó el conde con viva agitación,—y ese cuadro agujereado es un recuerdo de nuestra última entrevista.

—¡Oh!, querido amigo, no refieras eso a este caballero—dijo la condesa,—sabes que me hace daño.

—No, este caballero sabe de qué modo insultó a su amigo; que sepa también cómo se vengó.

El conde acercó una butaca. Sentéme y escuché con vivo interés el siguiente relato:

—“Hace cinco años que soy casado. El primer mes, “the honey moon”, la luna de miel, lo pasé en esta aldea. Esta casa guarda los recuerdos más dulces y los más tristes de mi vida.

Una tarde íbamos a caballo la condesa y yo, cuando el caballo de ésta se encabritó; tuvo miedo, saltó al suelo, me echó las bridas y se encaminó a pie hacia la casa.

Cuando llegué vi un carruaje de camino. Dijéronme que me esperaba en el gabinete una visita y que el que aguardaba no había querido decir su nombre; pero había dicho que le traía un asunto concerniente a mí solo. Entré en el gabinete y vi a un hombre con larga barba y cubierto de polvo. Estaba al lado de la chimenea.

Estuve examinándolo un momento.

—¿No me conoces, conde?—me preguntó con voz sombría.

—¡Silvio!—exclamé. Y confieso que se me erizaron los cabellos.

—Me toca tirar—dijo,—¿estás dispuesto?

Llevaba una pistola en la cintura.

Moví la cabeza significando que reconocía su derecho, y midiendo doce pasos, fui a colocarme en el ángulo de la habitación, suplicándole que tirara pronto, antes de que entrara mi esposa.

—No veo—dijo,—haz que traigan luz.

Llamé a un criado y le mandé encender las bujías: en seguida cerré la puerta y fui a colocarme en el puesto, suplicándole otra vez que no me hiciera esperar.

Apuntó y contó los segundos; pensaba en ella.

Pasó un momento terrible.

Silvio bajó la mano.

—Es una desgracia que la pistola esté cargada con una bala en vez de un hueso de cerroja; pesa y me fatiga la mano.

Y después de un momento que me pareció un siglo:

—En verdad—dijo,—esto no sería un duelo, sino un asesinato. No tengo costumbre de tirar sobre un hombre desarmado. Volvamos a empezar y sortecemos quién haya de disparar primero.

Estaba aturdido y creo que al pronto no consentí. Sin embargo, recuerdo que cargamos las pistolas, que escribimos nuestros nombres y pusimos los billetes en la gorra que yo había agujereado: la suerte me favoreció.

Por segunda vez tiré primero.

—Eres muy afortunado, conde—me dijo con una sonrisa que no olvidaré jamás.

No sé cómo ocurrió, pero en vez de



OBSEQUIO del Polvo Graseoso

LEICHNER

\$ 4.650

en efectivo

1.287

premios

PARA CUARTETAS

Algunas de las cuartetas que diariamente recibimos:

Tu hermosura aumentará
y rival no se te opondrá
si consigues siempre obtener
polvo graseoso de Leichner.

V. Roger

Arroyo Seco.

Si deseas ser hermosa
y el cutis terso tener
como pétalo de rosa,
usa el polvo de Leichner.

J. H. Garzón.

Congreso 2023.

¡Leichner! De polo a polo sueña
[tu nombre].
Eres el polvo más popular.
Es actualmente tu existencia
la maravilla de tierra y mar.

Magali.

Tucumán 3199.

Delicioso, perfumado, eres
de todos los polvos no hay otro
más que el graseoso Leichner
justo preferido por toda mujer.

S. P. de Angelino.

Mercedes.

Tengo un cutis encantador,
así lo afirma mi novio.
Pero... lo debo al delicioso gra-
seoso
de Leichner, que es el mejor.

Elvira H. Rodríguez.

Villa del Rosario.

¡Viva Leichner! a toda hora
No me canso de gritar.
Porque gracias a él, señora,
Hoy me puedo ya nombrar.

P. Rodríguez.

Tucumán.

Si quieres ser siempre hermosa
usa sólo polvo Leichner.
así serás muy dichosa
pues siempre te he de querer.

Laura Allende.

Alvear 371, Córdoba.

Estoy locamente enamorado
De ella: ¡la que siempre he de
querer!
Porque siempre es su cutis per-
fumado
Con el polvo Graseoso de Leichner.

Carmen de Gómez.
Coronel Vidal.

De los polvos que yo he usado
Uno solo yo encontré
Por su esmero y laborado:
El de la casa Leichner.

T. Lavaya.

Esmidell 6348.

Todos los que en la Argentina
Enfermos de gripe estén,
deben usar diariamente
El rico polvo Leichner.

V. Forgione.

Bolívar.

Hay en mi vida dos cosas
Que me causan gran placer:
El aroma de las rosas
Y el sin rival del Leichner.

J. Tellechea.

La Paz.

Para perfumar nuestra tez
existe un medio tan sólo:
usando constantemente
el polvo graseoso Leichner.

María G. González.

Rivadavia 345, San Juan.

De todos los niños
me gusta Cupido.
De todos los polvos
el Leichner es mi preferido.

Holena Sifredo.

San Jacinto.

Quien bien conoce a los polvos
No deja de comprender
Que el rey de todos los polvos
Es el graseoso de Leichner.

A. M. C.

La Plata.

Yo conocí en Necochea
A un simpático señor
que del famoso polvo Leichner
Es el introductor.

S. Vega.

Rivadavia 7125.

No olvidar ni un segundo.
Además es mi deber.
Que los polvos de Leichner
Son sin rival en el mundo.

C. Casillo.

San Isidro.

Perfumado bouquet de bellas flo-
res
eres polvo graseoso de Leichner.
con tu pureza devuelves los co-
lores
que el infortunio cruel hizo per-
der.

L. P. Loza.

Maipú 426, Córdoba.

Bájose un ángel del cielo
Deseoso de conocer
Qué era aquello que llamaban
Polvo graseoso de Leichner.

May.

Santiago del Estero.

De las gracias de una hermanita
No hay ninguna, a mi entender,
comparable a un cutis terso
Que usa graseoso Leichner.

Julia Doncel.

San Rafael (Mendoza).

Si deseas sin par belleza
y la más hermosa ser,
no atormentes tu cabeza,
compra polvos de Leichner.

M. García.

Ciudad.

Por su color tan esbelto
por sus fragantes perfumes,
se distingue por todo el mundo
el graseoso polvo Leichner.

Bella.

Trelles 1255.

Todas las contestaciones deben ser dirigidas
a Concurso Obsequio POLVO GRASEOSO
“LEICHNER” a/c. de Fray Mocho, Paseo
Colón, 1266, Buenos Aires.

MENDEL & Cía.

BOLIVAR, 379

BUENOS AIRES

Como el Pavo Real, por
su esbelta y gallarda figura y
su espléndido plumaje es símbolo
de belleza.

Es también símbolo de divina be-
lleza, en el tocador de toda dama
elegante, el exquisito e incompara-
ble POLVO GRASEOSO

LEICHNER

POLVO GRASEOSO
LEICHNER

ESTAMPILLA

IMPORTANTE:
No será tomada
en cuenta nin-
guna cuarteta
que no venga
acompañada de
la mitad de la
estampilla fis-
cal (donde va
nuestra firma)
que viene adhe-
rida en cada ca-
ja, en la faja de
seguridad.

herir a mi adversario, clavé la bala en ese cuadro.

El conde señaló el cuadro con el dedo; su rostro estaba enrojecido; el de la condesa, estaba pálido hasta la lividez. Al verlos, no pude contener una exclamación.

Silvio levantó de nuevo la pistola y apuntó.

La expresión de su rostro me decía bien claro ahora que no tenía que esperar gracia.

De pronto se abrió la puerta; entró María, y lanzando un grito de terror, se abrazó a mi cuello.

Su presencia me devolvió la serenidad. Hice un esfuerzo y lancé una carejada.

—¡Loca! —le dije, —¿no ves que es una broma? Es una apuesta. ¿Es posible que te asustes así? Vamos, ve a beber un vaso de agua, vuelve y te presentaré a un antiguo amigo.

Pero no quiso creer nada de lo que le dije.

—Caballero, en nombre del cielo, ¿es verdad? —preguntó dirigiendo la palabra al sombrío Silvio. —¿Es esto una broma? ¿es cierto que sólo se trata de una apuesta?

—Sí, sí —contestó Silvio, —era una broma, es costumbre del conde bromear. Bromear me dió un día un bofetón; otro día, bromear también, me agujereó con una bala esta gorra; en fin, bromear aún, acaba de errar el tiro por segunda vez. Ahora me toca a mí bromear.

Y pronunciando estas palabras, levantó la pistola hacia mi pecho.

María lo comprendió todo y se arrojó a sus pies.

—¡Oh! —exclamé—¿no te avergüenzas?

Y añadí furioso:

—¡Vamos, caballero! ¿concluiréis? ¿tiráis o no?

—No —respondió Silvio.

—¡Cómo! ¿no?

—No, estoy satisfecho; he visto tus temores, tus angustias, tu terror. Dos veces te he hecho disparar sobre mí y dos veces has errado el tiro. Ya te acordarás; te dejo con tu conciencia.

Y se adelantó hacia la puerta para salir.

Ya en ésta se detuvo, y volviéndose hacia el cuadro y sin casi apuntar, hizo fuego y salió. Para que no dudara de su destreza, había clavado su bala encima de la mía.

Mi esposa se había desmayado.

Mis criados no se atrevieron a detenerle y le miraron pasar con miedo.

En la puerta de casa llamó a su cochero y partió sin darme tiempo para reponerme.

El conde calló.

Acababa de oír el final de la novela en cuyo principio tanto interés había tomado.

Desde entonces no había vuelto a ver a Silvio.

Después se extendió el rumor de que cuando en 1820 dió la señal de la revolución de Grecia, Alejandro Ypsilanti, Silvio mandaba una compañía de griegos y murió en la batalla de Dragachán.

Alejandro PUSHKIN.

LA UNICA CAUSA DE LA DISCORDIA



—¡Yo lo vi primero!

MUCHO MAS BARATO

Un pobre negro se acercó a la boletería de una estación de ferrocarril y pidió dos boletos de ida y vuelta para un pueblo cercano. El boleterio, que le conocía, preguntóle con quién iba de viaje.

—Con mi hermano.

—¿Dónde está su hermano?

—Allí, en aquel cajón. Está muerto.

—Si está muerto no necesita boleto de ida para él.

—Es que no lo llevo a enterrar. En el otro pueblo tenemos como cuarenta parientes y hemos pensado que llevar al muerto allí, hacerle el funeral y traerlo otra vez, resulta más barato que traer aquí a toda la familia.

LA PRUDENCIA EN LA FE

Un negro que vivía a orillas del Mississipi debía ser bautizado en el río. Cuando le llegó su turno de entrar al agua el hombre hizo un gesto de resuelta negativa.

—Venga, amigo —decía— le el sacerdote.

El negro no se movía:

—No me gustan esas cosas oscuras que veo en el agua. Pueden ser cocodrilos.

—¿Cómo? ¿vacila tu fe?

—continuó diciendo el sacerdote.—Acuérdate de Jonás que fué tragado por una ballena; después Dios dió un latigazo al monstruo y le hizo echar en la playa a Jonás.

—Sí, sí, puede ser. Usted conoce a las ballenas, pero yo conozco a los cocodrilos del Mississipi. Cuando un cocodrilo se traga a un negro, se va a dormir la siesta y se olvida de todo.

UNA HELADERA COMUN

—Creí que usted podría conservar un secreto... —dijo a su amiga en tono de reproche.

—Lo he conservado durante una semana. ¿Qué más quiere? ¿Cree acaso que soy un frigorífico?

LA EXPERIENCIA

El joven entró tímidamente en la joyería. Con aire avergonzado mostró un anillo al joyero y dijo que deseaba que grabara en él unos nombres.

—¿Qué nombres quiero que pongamos?

—“De Enrique a Clara”—murmuró el joven.

El joyero miró el anillo, luego la cara del cliente, y aconsejó con tono paternal:

—Siga mi consejo: hágale grabar solamente “De Enrique”.

SECRETO FEMENINO

Las dos amigas se encontraron en una tienda e inmediatamente entablaron un diálogo confidencial:

—Carlota me ha dicho que usted le dijo ese secreto que yo le dije a usted que no le dijera.

—¿Qué picardía! Yo le dije que no se lo dijera a usted.

—Bien; yo le dije que no le iba a decir a usted que ella me lo dijo, así que no vaya a decirle que se lo dije.

El mejor coche de su precio

Overland

Para inmediata entrega:

Modelo 90, Cinco asientos

\$ 4000^{m/n.}



Cuatro Cilindros

Arranque y Alumbrado Eléctrico

:: Magneto de Alta Tensión ::

Modelo 85B, Siete asientos

\$ 4750^{m/n.}

P. A. HARDCASTLE

Plaza Mayo-Pasaje Overland-Bs. Aires

Indicaciones útiles para el campo

LAS HOJAS COMO FORRAJE

Las hojas de los árboles constituyen un forraje tan rico como los mejores pastos de pradera, puesto que 100 kilos de heno de buena calidad o 300 kilos de pasto verde común pueden ser reemplazados por 150 kilos de hojas frescas de olmo, álamo, acacia, haya, tilo, etc., o por 80 kilos de hojas secas.

Si en tiempo de sequía o escasez se dispone de hojas de árboles, conviene emplearlas en la alimentación del ganado mezclándolas con un poco de paja cortada. La cosecha de las hojas debe hacerse de la siguiente manera: en día de tiempo seco se corta las ramitas, provistas de hojas, que tengan cuando más medio centímetro de diámetro y se va formando con ellas haces de poco menos de un metro de circunferencia. Se ata estos haces, sin apretarlos, con un simple hilo y se los coloca en sitio ventilado pero donde no les llegue la lluvia ni el sol. Una vez secos se los amontona en granero. En esta forma las hojas quedan adheridas a las ramitas y conservan su aroma.

Se da a los animales como cualquier otro forraje, sin necesidad de quitarle las ramitas, pues si éstas son demasiado gruesas los animales las dejarán. Sin embargo, es preferible y más económico preparar con esos haces de hojas un forraje compuesto: se pica las ramitas y sus hojas y se las echa en una tina en la que se deja fermentar durante veinticuatro horas junto con paja cortada, torta de lino, afrecho y un poco de sal. Por ejemplo, para una vaca lechera, la ración normal de este forraje se compondría: hojas secas cortadas, 4 kilos y medio; paja de avena, 5 kilos; afrecho, 2 kilos y medio; torta de lino, 1 kilo y medio.

PROTECCION DE LOS ANIMALES CONTRA LOS TABANOS

Los caballos, las vacas, los perros mismos son perseguidos en los días muy calurosos por tábanos y moscas bravas. Se puede ahuyentar los insectos molestos pasando por el pelaje de los animales un estropajo empapado en una substancia insectífuga.

Por supuesto que si se trata de muchos animales es casi imposible aplicar a todos el procedimiento que indicaremos; pero en el caso de un animal de tiro, por ejemplo, la aplicación se hará en un momento. Se prepara una especie de pomada haciendo hervir durante cinco minutos un kilo de grasa de chanco con un puñado de hojas de laurel; con esta pomada se refriega el cuerpo del caballo. Tendrá efecto durante dos días, más o menos. Consiste otra fórmula en disolver de 2 a 5 partes de ácido fénico impuro en 100 partes de agua. Se aplica este líquido con una esponja que se pasa por el cuerpo del animal. La operación se verificará una o dos veces por día.

CRIA DEL PAVO REAL

Es un error hacer empollar por gallinas los huevos de pava real. Por cierto que los polluelos nacen perfectamente, pero como sus costumbres no son iguales a las de los polluelos de gallina, no tardan en morir de hambre. Es preciso dejar que las pavas reales hagan su nido y empollen en completa libertad, pues muy raras veces lo hacen en nido preparado en gallinero o corral. Al día siguiente de haber nacido los polluelos se los encerrará con la madre en un corralito bien seco y



—¿Qué te pasa, soldadito? ¿Por qué lloras?
—Ese acaba de decir que esta es la última guerra...

ventilado. Esta precaución es necesaria porque las pavas reales tienen la costumbre de pasear la cría en cuanto amaneco por terrenos cubiertos aun por el rocío. Esta humedad es fatal para la cría cuyo escaso plumón no basta a protegerla. Desde el segundo mes mueren, por esta circunstancia, uno tras otro y apenas se salva a dos entre diez. Se tendrá también cuidado de colocar en el gallinero una perecha a poca altura pues las pavas madres vuelven pronto a su costumbre de subirse a los árboles para dormir; los polluelos quieren imitarla y entonces les ocurren caídas que a menudo son mortales.

La alimentación más apropiada para la cría consiste en cereales machacados, lechuga picada, arroz hervido y pan mojado en agua salada. Cuando la cría haya pasado la época crítica de la primera muda, se la dejará en libertad, desde entonces no requieren casi cuidados y crecen rápidamente.

LOS GALLOS BRAVOS

Para evitar que se peleen dos gallos que habitan el mismo corral, basta poner al más pendenciero y bravo de los dos una especie de traba en las patas, hecha con un cordón de lana, y de un largo que permita al animal caminar, pero no correr. Si al cabo de algunos días se rompe el cordoncillo, no es necesario reemplazarlo, pues el gallo ya se habrá vuelto pacífico.

LA CARPIDA

Cultivar una planta cualquiera significa cuidarla con esmero, para que ella produzca todo y el mejor fruto que pueda dar.

Las operaciones esenciales que se requieren para cultivar en buena forma los plantíos, son las aradas, rastros y carpidas, repetidas tantas veces como sea posible hacerlo, obteniéndose así una producción buena y abundante.

De las tres operaciones citadas, es indiscutible que, en la mayoría de las sementeras, la de carpir ocupa un lugar preferente, por cuanto favorece el próspero crecimiento de las plantas, destruyendo las malezas que al absorber las materias nutritivas que contiene la tierra, le substraen a aquéllas una gran parte del alimento que necesitan para su perfecto desarrollo.

Carpiendo se consigue "arrimar" tierra a las plantas, lo cual las fortalece y hace que se conserve a su alrededor la humedad necesaria para defenderlas de la sequía, protegiéndolas al mismo tiempo de los vientos.

Las ventajas que proporcionan las carpidas se comprueban al removerse la tierra, en cuyas capas superficiales se han formado costras endurecidas después de una fuerte lluvia, pues se facilita así la evaporación del suelo, por dificultar aquéllas la libre respiración de las plantas.

La operación de carpir puede efectuarse en la huerta en cualquier tiempo, y en los maizales y plantíos de cañas de azúcar cuando las plantas tengan una altura no inferior, por lo menos, a seis pulgadas.

Cuando las raíces de las plantas se extienden horizontalmente, cuidese de efectuar las carpidas sin profundizar; en los demás casos puede llegarse hasta 10 centímetros de fondo, pero no más.

La conveniencia de la tarea que aconsejamos, efectuada repetidas veces, está demostrada por los resultados de las cosechas de maíz en los Estados Unidos, donde se obtiene, con relativa facilidad, de 2,500 a 3,000 kilos de grano por hectárea, mientras que aquí apenas conseguimos un rendimiento de 900 kilos aproximadamente, a pesar de ser nuestras tierras tan buenas, y en ciertos puntos superiores a las de aquel país. Es necesario, pues, que los que se dedican a los cultivos en general, no descuiden las carpidas periódicas, aun cuando se trate de pequeñas quintas, huertas o jardines.

APROVECHAMIENTO

DEL GIRASOL

En algunos países, y especialmente en las provincias del Norte de Rusia, el girasol sirve para algo más que de adorno con sus inmensas flores. La semilla se utiliza en la manufactura de aceite, el cual sirve y se emplea en la cocina y para hacer jabón; es también un excelente y nutritivo alimento para las aves de corral. Los tallos y las hojas se queman y las cenizas se usan en fabricar potasa. El año pasado las fábricas de girasol del Cáucaso produjeron mil quinientas toneladas de potasa.

Aun enfermizos e inquietos, los niños encuentran el Jarabe de Higos "California" agradable al paladar.

Si los niños están febriles, biliosos o estreñidos, deles inmediatamente un laxante de fruta.

No regañe al niño inquieto y mal-humorado.

Vea si tiene sucia la lengua; esta es una señal evidente de que el estómago, hígado y los intestinos del niño están obstruidos con las heces.

Cuando los niños están indolentes, pálidos, febriles, tengan resfriado, el aliento fétido, mal de garganta, no comen, duermen ni se portan bien; si tienen dolores de estómago, indigestión o diarrea, deles una cucharadita del Jarabe de Higos "California", y en pocas horas hará expeler todas las heces, las bilis ácidas y el alimento fermentado de los intestinos, y el niño estará bien y contento otra vez. Los niños encuentran muy agradable al paladar este "laxante de fruta", y las madres pueden estar tranquilas después de dárselo, pues siempre limpia interiormente los órganos, al propio tiempo que los afloja.

¡Madres, ténganlo siempre a la mano! Un poco que se le dé hoy, salvará al niño enfermo mañana; pero compre el genuino. Pídale al boticario una botella del Jarabe de Higos "California", encontrará las direcciones impresas en la botella, para niños de todas las edades y para adultos. Acuérdese de que hay otros Jarabes de Higos falsificados, así, pues, fíjese bien en que el que Vd. compre tenga el nombre de "California Fig Syrup Company". Devuelva cualquier otro jarabe de higos.

Las siete varillas o la fuerza del consumidor

No todo lo que uno aprende en la escuela queda almacenado por mucho tiempo en el cerebro. Por privilegiado que éste sea, siempre las impresiones nuevas van desalojando a las viejas, de manera que la máquina cerebral es, si se me permite la comparación, una especie de jardín, donde constantemente se renuevan, al igual que las flores, las imágenes y las ideas.

Sin embargo, hay cosas o hechos que uno aprende o ve, aun desde niño, y que quedan por tiempo indefinido, más o menos nítidamente impresas en la memoria o en la retina de los ojos.

Entre las cosas aprendidas en la niñez, y no olvidadas todavía, me acuerdo de una historietita vulgar que nos contó el maestro, pero instructiva a pesar de su sencillez.

Un día un padre que, cargado de años y de achaques, veía acercarse el día del final reposo, reunió a sus siete hijos (de éstos—dicho sea de paso—ninguno con privilegio; pues aún no se practicaba en grande escala, el padrino presidencial), y les habló más o menos de esta manera:

Hijos míos: veo que se avecinan los últimos días de mi vida; pero antes de dejarlos para siempre, quiero decirles algunas palabras que, si las apreciáis, os serán de gran provecho en la vida.

Pero antes permitidme que haga una prueba, que espero tendrá el valor de una lección y a la vez será consejo.

Luego, dirigiéndose al mayor dijo: aquí tengo un manojo de siete varillas, y hazme el servicio, Juan, de romperlas, usando de todas tus fuerzas.

Juan forcejeó un buen rato pero tuvo que confesar, algo ruborizado, su impotencia para quebrarlas.

De mano en mano fué pasando el manojo de varillas, pero, como era de prever, no pudiéndolas romper el mayor, tampoco lo consiguieron los demás.

Entonces el viejo deshizo el manojo y entregando una varilla a cada uno de sus hijos invitólos a que las rompieran, cosa que consiguieron los siete hermanos.

Cada una de estas varillas, continuó, representa uno de vosotros. Habéis visto que, unidas, no pudisteis romperlas, cosa que conseguisteis tomándolas una por una.

Esto os demuestra, queridos hijos, que debéis estar siempre unidos, pues de esta manera podréis sobrelevar con menor dificultad los contrastes de la suerte y las borrascas de la vida.

El consejo que les dió ese anciano a sus hijos, que al fin es la solidaridad o la mancomunidad de los esfuerzos, lo practican los seres humanos más o menos intensamente en las distintas actividades de la vida.

Los seres irracionales lo practican por instinto.

Desde que uno ve la luz, ya forma parte de una pequeña sociedad que es su familia, ésta a su vez es un núcleo de la sociedad de su aldea o ciudad, las cuales asociadas, forman el país y todos éstos la humanidad.

Pero dentro de esta gran asociación general, existen otras mil formas de asociaciones particulares, las que forman núcleos más o menos grandes que se reúnen por afinidad de intereses o de ideas.

Se asocian las gentes en instituciones de socorros para gozar de los servicios médicos y farmacéuticos cuando se enferman; se reúnen los trabajadores en sindicatos gremiales para poder reclamar con más eficacia mejoras en las condiciones de tra-

bajo; también lo hacen los capitalistas que invierten su dinero en sociedades anónimas o colectivas para sacar más provecho a su capital.

Los ciudadanos forman asociaciones políticas reuniéndose según sus tendencias para elegir los hombres que han de administrar el país.

El espíritu de asociación se manifiesta en infinitas formas distintas aguijoneado siempre por el incentivo de la conveniencia recíproca, sea ésta de carácter material o espiritual.

¿Por qué no han de asociarse también los consumidores?

Es incontestable que el consumidor tiene el derecho y la conveniencia de organizar las instituciones que sirvan su propio consumo. Pero para que este derecho tenga valor, es menester tener la fuerza para hacerlo respetar. ¿Tienen los consumidores la potencia para valorizar ese derecho?

Si examinamos con detenimiento la organización económica del mundo nos apercibimos en seguida que nada se hace que no sea para el consumidor.

Las fábricas funcionan para el consumo, los buques y los ferrocarriles se mueven también para el consumidor, las empresas de cualquier género que sean también se constituyen para satisfacer las necesidades del consumo.

Para que el capital produzca interés o renta, debe transformarse en mercancías que compra y usa el consumidor.

No es extraño, pues, que el consumidor tenga tanta potencia desde que aquél es la sociedad misma.

Efectivamente, todos sin excepción forman parte de este gremio; nadie está fuera de él.

Por otra parte, el consumidor aislado tiene poca fuerza, y como la varilla del cuento se quiebra en seguida.

La fuerza de una colectividad se demuestra sólo cuando está organizada.

El Niágara, dividido en miles pequeños hilos de agua—dice H. Proudhon—no podría hacer dar vuelta la menor rueda de un molino. Toda su fuerza reunida, si se precipitara sobre las turbinas de una fábrica las destruiría sin producir resultado útil alguno.

Pero esta enorme masa de agua—continúa—canalizada, es capaz de hacer marchar infinitas de fábricas y usinas.

De la misma manera la potencia del consumidor no puede tener provecho si no está organizada.

Sin embargo, ella es fácil de organizar, por cuanto todos los consumidores tienen los mismos intereses. Una solidaridad natural los une; todos desean obtener buenas mercancías, bien pesadas y medidas, a precios lo más bajo posible.

¿Cuál es el organismo en cuyo torno deben reunirse los consumidores? La respuesta nos la dan los países más adelantados de la tierra que nos

Don Baltasar de Arandia

por CARLOS CORREA LUNA

Acaba de aparecer la 2.ª edición de esta amenísima e importante obra histórica premiada por el gobierno nacional.

PRECIO 2 \$ en todas las librerías

De su interés dan cuenta los capítulos que contienen: Preparativos de la aclamación de Carlos III en Buenos Aires.—Las fiestas.—Ceballos y Bucarelli.—El gobierno de Vértiz, Arandia en Potosí.—Los Escaladas.—La ilusión de la libertad comercial.—La noticia en el alto Perú.—El nombramiento.—Los corregidores y el repartimiento.—El crimen de García Prado.—Los embrollos de la Audiencia de Charcas. Don Baltasar en tierra de Chichas.—El señor corregidor. La increíble audacia de don Salvador Patzi y Perearnau.—Una terrible jornada.—Un almacén alto peruano en 1778.—La fuga de don Vicente de la Cueva y Saldaña. El siniestro humorismo de Patzi y Perearnau.—Un corregidor como no se había visto nunca. El modelo gubernativo de don Baltasar.—Los sucesos de Tarija.—La vuelta de García Prado.—La "venganza" de don Baltasar.—La última sorpresa.—Nota final.

dicen: "La cooperativa de consumidores".

Si esta organización de los consumidores progresa de una manera tan considerable en los pueblos más cultos, es evidente que conviene a sus componentes.

La cooperativa de consumos representa los consumidores organizados que tienen conciencia de su fuerza y resolución para hacer uso de ella para el bien de todos.

A medida que las cooperativas progresan tanto por el número de sus socios como por el importe de sus ventas, irán desapareciendo el numeroso gremio de intermediarios, verdaderos parásitos que medran a costa del consumidor.

Pero cuán largo y escabroso es el camino a recorrer!; sobre todo en los países de esta parte de América.

Es menester una extensa propa-

da cooperativa para que el consumidor llegue a identificarse con las ventajas de la cooperación.

Pues uno de los obstáculos fundamentales con que se tropieza, es un desconocimiento absoluto de las teorías y prácticas cooperativas de parte de la inmensa mayoría de la población.

Sin embargo, de la misma manera que asimilamos, gracias al progreso constante de los medios de comunicación, muchas cosas malas y buenas que se practican en otros países más evolucionados en el camino de la justicia y del bienestar social, llegará día, y esperamos que sea pronto, de que la República Argentina ostente como un galardón de su cultura, muchas cooperativas desparramadas en su inmenso territorio.

Pedro BERTAGNI.

AVISOS ESPECIALES

MEDICOS

Doctor ZAMBRINI

Profesor suplente de la facultad de medicina

Jefe de clínica del servicio de nariz, garganta y oídos del Hospital San Roque

531-TUCUMAN-531

2 a 4 p. m.

Dr. Apolo M. Ratto

SEÑORAS Y PARTOS

Cabildo, 2961

Unión Telefónica, Balgrano 1169

CONSULTAS DE 1 A 3 P. M.

Fracturas - Luxaciones

Reumatismo

Kinesiterapia y masaje médico

Rodolfo Cocini

VENEZUELA, 908 U. T. 7466, Lib.

Consultas de 2 a 4 p. m.

DENTISTAS

J. BONANSEA



Cirujano dentista de las Facultades de Bolonia y Buenos Aires. Moreno 990. — U. T. 3699 (Libertad).

FRAY MOCHO

SE PUBLICA
LOS MARTES

Oficina: P. COLÓN, 1266
BUENOS AIRES

PRECIOS DE SUSCRIPCION

En la Capital	En el exterior	En el Interior
Trimestre . . . \$ 2.50	Trimestre \$ oro 2.00	Trimestre . . . \$ 3.00
Semestre 5.00		Semestre 6.00
Año 9.00	Semestre 4.00	Año 11.00
N.º suelto . . . 20 cts.		N.º suelto . . . 25 cts.
N.º atrasado . 40 .	Año 8.00	N.º atrasado . 50 .

Dirección y Administración: P. COLÓN, 1266.—U. T. 184. Avenida

No se devuelven los originales ni se pagan las colaboraciones no solicitadas por la Dirección, aunque se publiquen. Los reportajes, fotografías, correos, cobradores y agentes viajeros, están arrojados de una credencial de esta revista.

Notas femeninas

¿No os habéis fijado, amigas lectoras, que a medida que adelanta la moda, se va haciendo más sencilla y armonizándose con todo y por todo? Existe una corriente de ideas en general; unas más explotadas que otras, sobre todo al primer momento, pero basta un pequeño examen para comprobar que todos los gustos, refinados y excéntricos, se codean, y basta ser juiciosa para saber apropiarse lo que

Ciertamente, por esto, la moda se merece que la demos todos nuestros plácemes y cantemos sus alabanzas, pues hasta retroceder unos veinte años atrás y recordar los foiros, las bastillas, las ballesnas, los visos, los volados, los bies de crin y qué sé yo cuántas cosas más, que me olvido, para adorar la sencillez de hoy. Había antaño tantas costuras tomadas y retomadas, tantos detalles, que hacía falta mucho atrevimiento de parte de una para animarse a hacerse, por sí misma, un traje, sin haber hecho anticipadamente un aprendizaje de varios años de costura. Ahora, al presente, se dobla el género en dos, se le hace un agujero para pasar la cabeza y he aquí un traje. Exagero algo: hay todavía las mangas, el dobladillo, el escote; pero, en verdad, la toilette no queda lejos de estar ya lista, puesto que ya ofrece aspecto agradable.

somos completamente otras y, según la negra crítica, la balanza cae en nuestro favor.

En fin, yo encuentro muy lindos estos pequeños sombreros y, con tal de que no caigan en lo vulgar, tendremos que felicitarnos desde ya.

Hoy van tres modelos: una para reuniones y casino, firmado por uno de los más grandes modistos de la rue de la Paix, viniendo a ser una combinación de crêpe de Chine negro y azul Franco para el fourreau y el cuerpo. La túnica que vela la falda, es en tul negro, y el manto de corte que baja desde el escote de atrás, es en tul perlé, color azul fuerte, asimismo como las mangas.

Los otros dos modelos son para vestir, siendo el uno una bella toilette en satén liberty azul, completamente velada con una muselina de seda color arena, bordada con seda azul. El sombrero es una combinación de seda y crin con una rosa azul, torneada a mano.

La otra toilette es en "voile" blanco bordada en "parterre" (vulgo en dameros), en tonos rojos y verdes. La hechura es original y sale de lo ordinario. Los costados de la falda pasan por encima del cinturón, formando caídas a los costados.

La capelina es de tul blanco con el bajo del ala en seda, color rojo.

A. de DAUMONT.



Toilette de soirée o de casino, en crêpe color negro y azul Franco. Túnica en tul negro; manto de corte en tul perlé color azul fuerte.

reune las condiciones más favorecedoras a nuestro físico y a nuestra posición social.

Por ejemplo, ustedes, encantadoras jóvenes o niñas de posición modesta, que suspiráis tan a menudo por no poder tener un traje de seda, para lucirlo en el balneario o rambla municipal, tan en boga en la actualidad, no os afijáis demasiado, pues podéis ser lindas con una sencilla toilette, que con la moda actual os la podréis hacer con nada, como vulgarmente se dice.

Tampoco echaréis de menos el tener que elegir en los tonos oscuros, pues tienen la ventaja de ser siempre de moda.

Conozco a muchas señoras que tienen fama de ser elegantes, pues las visten únicamente maestros de la costura y lucen siempre trajes de sarga, gabardine, tricotine de seda o de lana, en tono azul marino.

La ventaja de estos colores poco llamativos es que no se hacen notar y afinan la silueta, añadiendo así un encanto más a la distinción natural. Con un sombrero que os sienta bien, calzadas con gracia y enguantadas impecablemente, no tendréis nada que envidiar, ni adornos superfluos o inútiles, pues podréis eclipsar a muchas de nuestras damas más excéntricas, y no obstante iréis vestidas con un sencillo traje cortado por vosotras mismas, cosido y bordado con unas cuantas puntadas, y hecho a la última moda de ahora.



Toilette en satén liberty azul velado con muselina de seda color arena, bordada con seda azul.

Y casi todos los trajes que derivan de esta descripción, aunque siendo algo más complicados, son siempre extremadamente sencillos, y he aquí el por qué nos agradan tanto.

Para las que los prefieran y los puedan llevar sin perjudicar a su silueta, existe la túnica que permite usar la falda muy angosta abajo, dando así, a primera vista, la ilusión de cierta amplitud que en realidad no existe.

Os voy a señalar, queridas lectoras, una novedad de sombrero que en estos momentos hace furor en París. Viene a ser una especie de "cabriolet" Directorio; pero es un "cabriolet" rejuvenecido, largo adelante, corto atrás, adornado con picos, lo que viene a ser todo diferente de lo que hemos usado hasta ahora. Hace recordar, sin querer, a las bellas damas de la exposición del 89, según los grabados de entonces. Sin embargo, nos falta a nosotras los "poufs" y las "tournures" de aquella época, y con nuestras siluetas finas y faldas cortas, tocadas con estos "cabriolets" Directorio,



Toilette en voile blanco bordado en parterres floridos tonos rojos y verdes. Capelina blanca con el bajo del ala en seda roja.

Receta

Para el baño.—A las personas que les gusta perfumar el baño, recomendamos el empleo de la fórmula siguiente:

Agua de rosas.	1000 gramos
Tintura de benjuí.	50 "
Esencia de tomillo.	30 "
Agua de Colonia.	30 "

La granja de Lukné

(Cuento escandinavo)

(Conclusión)

—Eso es hablar bien—comentó Lars, dejando deslizarse estas palabras entre su pipa y sus dientes, de un modo casi inteligible.

Y nada más. Omond salió de allí a poco, y algunos segundos después levantóse también Niels y siguió el mismo camino.

Cuando llegó a la puerta se detuvo un instante y pasó la mirada en derredor, pero no vio a nadie; después se deslizó a lo largo de la casa y dió vuelta en la esquina del edificio.

Allí encontró a Omond, que llegaba en sentido opuesto. Pasaron el uno al lado del otro como dos perros que llevan un hueso en la boca.

Niels tomó la cuesta que conducía al campo, y se hubiera dicho que se paseaba únicamente por solaz. Omond volvió atrás, y pasó delante de la casa y luego se dirigió a la puerta de la granja, cerca de la cual Thor fumando su pipa conversaba con Ogott, que estaba sentada en un banco de piedra. En el mismo instante en que Omond pasaba por delante de él, apareció Niels por el lado opuesto de la puerta.

—¿Conque tienes entrevistas secretas con el primo?—exclamó Omond, dirigiéndose a Ogott, y se alejó con una carcajada.

En el mismo instante Thor cayó para atrás exhalando un grito. Niels, furioso con la pregunta dirigida a la joven por su hermano, había hecho una zancadilla al sobrino de su padre.

—¡Hola! ¿conque te echas al suelo?—dijo Niels burlándose, y se alejó friamente.

Poco después, Ogott estaba sentada junto al hogar, con su labor en la mano, pero su obra no adelantaba nada; sus dedos se estremecían al contar las mallas, y tenía los ojos húmedos de lágrimas.

Bien sabía Ogott que ya los dos hermanos miraban sus conversaciones con Thor con malos ojos y que les atribuían una significación que no tenían; veía que no era ya sólo ella la que debía temer la cólera de los dos mellizos y que su odio inflexible amenazaba a Thor. Y lo que hasta entonces no se le había presentado con bastante claridad, hacía brotar en su corazón un secreto presentimiento. ¿Era todavía Lukné un asilo para ella? ¿Podía aún permanecer allí? Ciertamente que su madre en las angustias de la muerte le había pedido que cuidase a su padastro y le endulzara la tristeza de la vejez. Pero aunque ella había hecho esta promesa sagrada a la pobre Ingeborg, preguntábase, y con razón, si en aquellos momentos tenía obligación de ser fiel a su juramento, exponiendo para ello la seguridad personal, de la que era responsable ante Dios.

Entretanto, Lars se había ido a acostar y dormía profundamente. Era en otoño. Era tarde de la noche. El viento azotaba violentamente las puertas y ventanas y se engolfaba en los caños de las chimeneas, voceando ruidos lastimeros. Hacía algún tiempo que Ogott había guardado su labor, pero no se decidía a ir a acostarse. Había arrojado un puñado de hojarasca de pino en el fuego, y la llama reanimada esparcía mayor luz en la cocina. La joven sentía oprimirse el corazón bajo el doble imperio del temor y la congoja, y no osando levantarse, permanecía como clavada en su silla, presa de la indecisión y la ansiedad.

En ese momento se abrió la puerta, empujada de fuera con precaución. Omond entra y se adelanta casi a paso de lobo hasta donde está la joven.

—¡Chut! quédate donde estás—dijo al ver que se levantaba.

—Nada tengo que hacer aquí—respondió ella, y se dió vuelta para marcharse, aunque sus piernas se negaban a obedecerla.

—¿Tenías algo más que hacer en la puerta de la granja?—preguntó Omond con tono de reproche, y se dirigió hacia ella en una actitud que la hizo retroceder y detenerse delante del fogón. El joven se le acercó aún y la miró con fijeza. Bien sabía él que Ogott no cedería sino a palabras buenas, y había inauditamente creído para dárselas en el momento en que ella se iba, pero su hermana, de pronto, le había tomado en voz de hablar en su silencio.

Permaneció durante un rato con los ojos fijos en Ogott, mirando la forma de la espalda y de la mano de la joven, su congoja, los temblores de que estaba presa. Había en la mirada de Ogott algo que en un momento más bien que un reproche, el ruego de una hermana, cuya elocuencia muda pretende conmover el corazón de un hermano para mejorarlo.

Mas ¿cómo hubiera podido Omond comprender la significación de aquella mirada, cuando no sentía por la joven el más mínimo cariño fraternal, y sólo se sentía arrastrado hacia ella por ciega pasión?

—¿Estás enfadada?—preguntó en voz baja poniéndole la mano sobre el hombro.

No sé cómo estoy—respondió Ogott apartándose, pero en el mismo instante dió un grito, pues acababa de vislumbrar la cara enconada de Niels pegada a un rincón de la puerta por la parte de afuera.

Un instante después se abrió por segunda vez la puerta, entró Niels por ella y se acercó al hogar a pausados pasos.

—¿Qué quieres?—preguntó Omond airado.

Quiero lo que quiero—replicó Niels con toda impetuosidad.



—Perdón, señorita.
—¿Si no fuera usted tan arrimado a la cola...!

—Necesito hacer algunas preguntas a Ogott—prosiguió Omond.

—Y yo también—repuso Niels, escupiendo en el fuego.

—Omond tiene primero la palabra—exclamó Lars, que estaba acostado en su cama en el fondo de la pieza.

—Se tiene la palabra cuando se toma—gruñó Niels.

—Omond es el mayor—continuó Lars—y tiene el derecho de hablar primero; nadie puede impedirsele.

—Eso es lo que está por verse—dijo Niels.

—¿Qué vienen a hacer ustedes aquí, y a estas horas de la noche?

—Yo quería preguntar algo a Ogott, ya lo he dicho—exclamó Omond exasperado.

—Yo no sé lo que quieren ustedes de mí—dijo por último la joven con un poco de más sangre fría.—Si tienen algo que preguntarme pueden aguardar a mañana. No quiero peleas, estoy cansada, y voy a acostarme.

—Y nadie se opondrá a ello—dijo Niels, levantándose como para acompañar a Ogott.

—¿Eh? ¿qué? ¿Te permites dar órdenes aquí?—replicó Omond, disponiéndose a seguir a su hermano.

—Se van a tirar del pelo—exclamó Lars con tal carcajada que por poco se ahoga.

—Yo seré el amo aquí cuando lo quiera—dijo Niels con mucha calma.

—¡Dios mío!—exclamó Ogott—antes de pronunciar semejantes palabras aguarda a tener derecho para ello. Debíais de acordaros de que vuestro padre vive todavía.

—Sí, sí, vive, vive y tiene todavía buenos pies y buenos ojos—dijo la voz que hablaba desde la cama.—Si habéis hecho fabricar la cerveza para mi entierro, os equivocáis, muchachos, porque yo mismo me la beberé.

Y Lars volvía a echarse a reír hasta desternillarse.

—Yo no tengo semejantes pensamientos—dijo Omond en tono de reto.

—¿Y qué piensas entonces?—preguntó Lars, que comenzaba a impacientarse.—Si quieres casarte con la muchacha, cástate; no será tu parentesco con ella lo que te lo impida.

—Tócale a Ogott misma el decirlo—dijo Niels, con las manos en los bolsillos, de pie en medio de la cocina.

—¡Ah! ¿tú también la quieres, eh?—preguntó Lars con una nueva carcajada.

—Tengo tanto derecho a ella como Omond.

—Pártanla entonces en dos—dijo Lars burlándose, e incorporándose para apoyarse sobre el codo, mientras que su mirada se paseaba con ávida curiosidad del uno al otro de sus tres interlocutores.

—¡Dios me libre!—dijo Ogott suspirando, y luego se echó a llorar y sollozar de súbito. No quiero ni al uno ni al otro.

—¿Ni al uno ni al otro?—exclamó Lars arrodillándose en su lecho. ¿Estás loca, muchacha? La granja de Lukné es la más hermosa y rica de la aldea. ¿Que tienes miedo de Niels? Quédate al lado de Omond y tendrás la moneda de dos céntimos.

Omond no había aguardado estas palabras de su padre, así que se adelantó hacia la joven con paso resuelto y el rostro radiante de orgullo por su triunfo; pero en el mismo momento Niels se lanzaba entre ellos para separarlos.

—Es preciso contar conmigo.

—Echale a paseo, Omond—exclamó Lars;—yo sé que es a ti a quien ella quiere.

—No, por el Señor que está en el cielo, no quiero ni a Omond ni a Niels. Yo sólo he visto en ellos dos hermanos. ¡Desgraciada de mí, sin padre ni madre!

—Basta de semejantes jeremiadas—ordenó Lars con rabia.—Me parece que yo te he servido de padre, y por bastante tiempo. Te he recogido en la miseria, acuérdate de ello, y me debes toda tu gratitud. Cuando digo que debes casarte con uno de mis hijos, me refiero a Omond, que es él quien se te ha ofrecido primero, y debías de darme las gracias a manos juntas, tontuela.

—No me casaré ni con Omond ni con Niels—replicó la joven de un modo seco y resuelto.

Un sentimiento de indignación se había despertado en ella al oír hablar a Lars con tanto desprecio de las tristes circunstancias en que ella había vivido en el pasado. La había herido en su amor propio, y esta ofensa le volvía su entereza de ánimo.

—¿Prefieres entonces a Thor?—preguntó Omond insidiosamente.

—¿Mi sobrino?—preguntó Lars en tono de zumba, ¿el pobre diablo que no tiene más fortuna que sus harapos? ¡Has perdido la cabeza, bobalicona?

—Yo he tenido mayores harapos que los suyos—con-

testó Ogott—mirando con aplomo al padre y a sus dos hijos.

—Mañana mismo saldré de la granja, que se vaya a donde estaba antes—rugió Lars, y en el paroxismo de su ira echó lejos las almohadas de su cama.

—Yo no quiero ser causa de la expulsión de nadie—dijo la joven;—no siento ninguna inclinación por Thor, ni él la siente por mí.

—Entonces no te queda más que aceptar a Niels—dijo Lars, cansado de tanta lucha.

No lo aceptaré—respondió ella con dignidad, y miró al mismo tiempo a Niels con tanta calma y frialdad, que el mozo no pudo abrigar dudas. Este sostuvo aquella mirada por un instante y luego giró sobre sus talones y se fué. Pero no se dió el trabajo de abrir la puerta, sino que la pegó un puntapié.

—Al fin se fué—exclamó Lars, algo repuesto de su emoción.—Ya puedes ahora hablar sin temor hijo mío agregó, dirigiéndose a Omond,—porque bien veo que es a ti a quien prefiere.

—Lo prefiero tanto como a Niels—dijo la joven, pronunciando estas palabras con tono irónico.

—Puede que dé con otros peores—replicó Omond, dirigiéndose hacia la puerta, a la que dió tal golpe al salir, que hizo temblar las paredes.

—Se va todo apenado—gritó Lars, dándose vuelta en su lecho.—Y eres tú la causa de ello. Te he alimentado, te he vestido, y hechas a mis hijos de mi casa. Se matarán entre ellos; los conozco; yo hubiera hecho lo mismo cuando era joven.

La joven había permanecido de pie en un rincón, mirando sin hablar. Pero su mirada era digna y serena. Hasta entonces se había doblegado, había cedido; pero desde aquel momento había repudiado toda sumisión, y su resolución de mostrarse resignada se había desvanecido, para dar lugar a la firmeza y a la resistencia.

Pero estos sentimientos no duraron mucho. Las quejas de su padastro, más mortificado por su cólera comprimida que por verdadero dolor, no tardaron en resonar en el corazón de Ogott, y sintió vergüenza y miedo de lo que había dicho y hecho y de las consecuencias que podrían resultar de ello.

Por eso Lars la oyó poco después estallar en sollozos:

—¡Oh, Dios del cielo! ¿qué es lo que he hecho?—gemía la joven retorciéndose las manos.

—Has asesinado a mis hijos—aulló Lars con una voz que hizo temblar la casa.

Ogott no pudo soportar esta acusación. Había vuelto a ser la hermana de Omond y Niels, que eran siempre para ella dos hermanos que había arrojado al fondo de la noche oscura y siniestra, por haberles hablado con frialdad y aspereza. Sin saber lo que hacía, dió un grito y salió corriendo.

El viento helado le azotaba el rostro. Todos los objetos desaparecían en la obscuridad y perdiendo sus contornos tomaban aspectos amenazantes. ¿Dónde estaban los dos hermanos? Ogott no quería llamarles en voz alta por sus nombres, mas los buscó por todos los rincones donde un hombre podía esconderse. No obtuvo respuesta alguna. De senda en senda, de roca en roca, prosiguió su marcha hasta donde se lo permitió la noche. Después regresó a la casa abatida y exhausta. No se atrevía a entrar de nuevo en la cocina, donde dormía su padastro, y la ansiedad y los remordimientos de conciencia le quitaban todo ánimo, toda voluntad de entregarse al descanso. No subió a su cuarto y permaneció afuera, recostada contra la casa, guardando la vuelta del día, aunque sus sombríos presentimientos le dieran la certeza de que la aurora vendría a levantar el velo con que la noche cubría en aquellos instantes la más cruel de las escenas.

Cuando por último los reflejos del alba se deslizaron entre las nubes y las dentelladas crestas de los montes, cuando el golfo se irizó al beso de los primeros fulgores matinales, Ogott, que el frío y el terror habían como clavado en su sitio, vió a un hombre llegar a la casa a pasos precipitados. Era Thor.

—¿Hace mucho tiempo que estás ahí, Ogott?—le preguntó en voz baja acercándosele.—Creo por cierto que te has atormentado toda la noche a causa de los dos muchachos; pero ahí vienen los dos. Todo va bien; puedes ir a descansar. Debes tener necesidad de ello después de la escena de anoche.

—¿Sabes, pues, lo que pasó?—preguntó Ogott.

—He oído todo... porque quería oír todo ¿entiendes? En el primer momento tuve idea de dejar que los dos hermanos fuesen donde quisiesen, porque ellos no se merecen que me dé la pena de ocuparme de ellos; pero luego pensé que tú debías estar ansiosa, Ogott, y los seguí. Niels iba adelante, le ví pasar el tal golfo en la barca. Pero tú sabes que no hay más que una, y por consiguiente no me era dado seguirle por más tiempo. Mas cuando un momento después Omond llegó, me eché a andar tras de él, porque sé que es aún más brutal que Niels.

¡Oh! he hecho extrañas maniobras para no perderte de vista y evitar sus miradas sin dejar de seguirle la pista. Cuando se decidió por fin a trepar al punto, hice oír un gruñido como el de zorro, y como que me dio lo que le hizo renunciar a su designio, porque se dió vuelta y regresó sobre sus pasos.

Mira allá abajo, en el fjord, ese punto negro que avanza a saltos regulares. Debe ser la barca de Niels. Habrá sospechado el regreso de Omond a la granja.

—¡Ah Dios mío! ¿te doy gracias?—y con también te agradezco, Thor, el haber pasado por mí toda la noche fuera.

El joven la miró con interés y guardó silencio por algunos instantes. Luego dijo:

—Tú no eres feliz aquí, Ogott.

—No me hables de eso—contestó ella quitándole ale-

gradamente la mano. —¿Qué te pasa?—dijo ella, y se detuvo. —¿Qué te pasa?—dijo ella, y se detuvo.

que no es completamente cierta, Ogott.

—¿Qué frase?

—Dijiste "Yo no siento ninguna inclinación por Thor, ni él la siente por mí."

—Es cierto. Y no te debe quedar duda a ese respecto; no siento inclinación ni por ti, ni por nadie.

—Es posible—dijo el joven suspirando,—pero hay algo todavía que no es verdad. ¿Comprendes lo que quiero decir?

—No—repuso ingenuamente Ogott,—no comprendo sino una cosa, y es que no tengo que reprocharme por lo que he dicho.

—Dijiste—prosiguió el joven, bajando aún más la voz—"y él no la siente por mí" y eso no es exacto, Ogott, porque si tú quisieras...

—No termines... Tengo miedo de lo que vas a decir—interrumpió sollozando Ogott,—y huyó hacia su cuarto sin tan siquiera volver el rostro una sola vez para mirar al joven.

Media hora después llegaban a la granja los dos hermanos, cada uno por su lado.

II

Después de un otoño lluvioso y tempestuoso, un invierno sereno pero frío invadió la llanura, la montaña y las rocas.

El fjord, cuyas aguas estaban heladas, se cubrió de nieve, y los trabajos continuaron su curso regular en la granja de Lukné sin que los interrumpiera incidente alguno.

Lars Bjern sentíase algo más débil que antes y guardaba cama más a menudo.

Seguía siempre taciturno, y su trato era áspero y difícil. Su entenada le disgustaba siempre por más que hiciera. Ogott soportaba todo con valor, no tenía la pobre otro hogar, y como su nacimiento no le daba ningún derecho sobre la granja de Lukné, hacía, en agradecimiento del beneficio que recibía, todos los quehaceres que sus fuerzas le permitían.

Pero Lars no se lo agradecía de ningún modo, y ni siquiera le dirigía una sonrisa de aprobación; lo único que él quería es que ella se considerara como ser viviente, o mejor como una esclava a quien nada se le debía y a quien se tenía el derecho de exigir, sin réplica de su parte, cualquier trabajo.

Lo mismo sucedía con los dos hermanos. Después de aquella violenta noche de otoño que recordará el lector, el frío no sólo había penetrado en las habitaciones, sino que había ganado también los corazones.

Ogott era tan alicaída, tan buena y tan cariñosa como antes y tal vez más. Porque a pesar de todas las injusticias y de todas las torturas que la habían hecho sufrir y que había soportado pacientemente, comprendía que era la causa permanente de la rivalidad de los dos hermanos, del resentimiento de ambos con su padre. Por eso hacía todo cuanto podía por aplacar sus enojos y reconciliarlos.

Más para que tan excelentes intenciones pudiesen dar frutos, era preciso que ella fuese correspondida en su fraternal tarea, y desgraciadamente no era así.

Por consiguiente, la pobre Ogott no recibía en pago de su abnegación más que humillaciones e ingratitudes.

A decir verdad, en la marcha que habían tomado las cosas en Lukné, sentíase más tranquilidad que antes, si se quiere, pero esta calma aparente estaba lejos de ser la paz. La paz no arraiga sino en lo hondo del corazón, y cuando florece es la expresión externa de afectos interiores; la tranquilidad aparente suele ser a menudo la máscara con que se ocultan las discordias íntimas.

Dos naturalezas tan opuestas como la de Omond y Niels no se dejaban dominar tan fácilmente; en realidad sólo estaban encadenadas. Y más entonces, cuando empeoraba la debilidad física de su padre, y que durante muchas semanas seguidas se veía obligado a guardar cama, en la que permanecía sumido en una especie de modorra.

El fuego con que los corazones de ambos hermanos ardían por Ogott no estaba extinguido. Si parecía sofocado, a decir verdad se conservaba bajo las cenizas y devoraba secretamente todos los lazos de timidez y corrección que sujetan a todos los corazones jóvenes.

La pasión tenaz de los jóvenes, dado su carácter brutal, se hacía temible para la pobre Ogott.

Ogott había notado el cambio, pero sin darse cuenta al principio de su significación, y no había visto en ello más que uno de esos efectos de su perversidad, la que les llevaría sin duda alguna el día menos pensado a rehusarle el pan que comía y echarla de la granja; pero cuando sospechó al fin las siniestras intenciones de los mellizos, comprendió que estaba allí como un pájaro encerrado en una jaula, a través de cuyas barras el gato trata de alargar sus garras.

¿Dónde hallar seguridad? ¿Quién podía decirse? Si trataba de evitar a uno se encontraba con el otro, y si no tenía que habérselas con los hermanos, se hallaba con la suplicante mirada de Thor. A cualquier parte que volviera los ojos se encontraba con una voluntad en contra de ella.

Aquella era una existencia insostenible, rodeada de hostilidades que no permitían un instante de reposo a la bondad.

El invierno pasaba lentamente en estas condiciones.

Un día entraron tarde los dos hermanos juntos. Habían patinado sobre el hielo. Niels fué a acostarse casi inmediatamente, y Omond le siguió a poco.

Ogott tenía la costumbre, antes de retirarse a su cuarto, de ir a inspeccionar si todo estaba en orden en la casa, y generalmente hallaba alguna cosa por arreglar.

Aquella noche se dirigió al granero con una linterna, con objeto de cortar algunas tajadas de jamón ahumado para el almuerzo del siguiente día. Al llegar a lo alto de la escalera y entrar la llave en la cerradura miró

atentamente en torno de ella, pero no vió a nadie; por otra parte, estaba segura de que Niels y Omond, cansados ambos, debían haberse ido a acostar. Dejó la puerta entreabierta y se puso a cortar el jamón, tarareando una tonada.

Sin embargo, Omond, en vez de haberse ido a acostar rondaba la casa. Sus pasos se dirigieron hacia la parte donde estaba el granero. Al ver la puerta abierta lo primero que se le ocurrió fué que era un descuido de Ogott, y comenzó a rumiar las palabras groseras y brutales con que la abrumaría al día siguiente. Pero en cuanto puso el pie en el primer peldaño de la escalera y que descubrió el reglero de luz que salía de adentro, prolongándose hasta el dintel de la puerta, comprendió lo que pasaba, y trepó los escalones a paso de lobo y entró de puntillas en el granero.

En el mismo instante la joven volvió el rostro y levantó la linterna hasta la altura de la cara de Omond.

Este de un salto se puso junto a Ogott, le arrancó la linterna de un tirón y la arrojó lejos.

—¿Qué quieres tú acá?—preguntó Ogott, pálida como la muerte.

—¡Lo que yo quiero!—respondió Omond.—¡Ah! ¡te haces la que no sabes que estoy enamorado de ti! Puedo decirte de paso, que Niels se ha fijado en otra...

—Eso me es indiferente—replicó ella, empujándolo; —no quiero ni a Niels ni a ti. Soy libre de disponer de mi corazón.

—Eso es lo que está por verse—rugió Omond, y estrechándola con brazo vigoroso la atrajo a sí.

—Ten cuidado con esto,—repuso ella tranquilamente, levantando sobre la cabeza del mozo el enorme cuchillo



El.—Sí, Lolita; me gusta el baile con verdadera pasión.

Ella.—Pues es lástima que no aprenda usted a bailar.

con que acababa de cortar el jamón.

—Eres orgullosa—replicó Omond, retirándose instintivamente.

—Soy lo que quiero ser—dijo ella, acompañando estas palabras con el gesto imperioso que tantas veces le había servido cuando eran niños para dominar la impetuosidad del uno o del otro de los dos hermanos.

—Te va a costar cara tu obstinación—repuso Omond con voz estremecida.—Podré más que tú cuando se me antoje.

Y alargó nuevamente el brazo para asirla.

Pero en el mismo instante la joven pasó por delante de él, saltó al primer peldaño de la escalera, tiró de la puerta e hizo girar rápidamente la llave en la cerradura.

—Harás bien en pasar la noche cuidando la leche,—gritó ella, y bajando los peldaños de cuatro en cuatro, entró corriendo en la casa.

Pocos instantes después estaba sentada sola en su cuarto. Temblaba de la cabeza a los pies pensando en lo que acababa de atreverse a hacer. Hasta entonces había opuesto a las instancias de los dos hermanos una resistencia pasiva, e inspirada tanto por el temor como por la repulsión que le inspiraban; pero ahora la reflexión le decía que debía de atenerse a días más duros y crueles que los que había pasado. ¿Tendría fuerza para soportar nuevas torturas?

Entonces vino a la mente un pensamiento que se le había ocurrido más de una vez y que había rechazado con terror siempre que se le había presentado al espíritu: ¡si huyera de la granja!

Se abismó durante unos minutos meditando en ello, sin poder llegar a una resolución.

Huir no era, en efecto, más que el primer problema por resolver; pero en seguida se presentaba otro a solución: ¿a dónde ir?

En aquel momento resonaron terribles golpes en el interior del granero.

La joven se estremeció y saltó de su cama, donde estaba sentada.

En aquel momento de duda y de supremo peligro sintió toda su sangre afluir al corazón. Le parecía que la mirada de Omond se clavaba en ella todavía, y aquella mirada desbordante de odio, aterrorizaba a su alma.

Pero entonces se sintió con más valor. Su resolución estaba tomada.

Había casi una legua de camino de Lukné a la próxima parroquia. El hielo era aún bastante sólido para poder pasar sin peligro si se guiaba el caballo con prudencia, y cuando contara al párroco todos sus sufrimientos y todos los combates interiores que había sostenido desde tanto y tanto tiempo, no dejaría él de prestarle ayuda y consejo.

Entre los caballos que se encontraban en la cuadra en aquel entonces había uno muy viejo, que había sido

traído a Lukné por Ingeborg. Podía atarlo a un trineo viejo también, ya fuera de uso y abandonado, que estaba tras de los haces de leña. En un abrir de ojos hizo su equipaje con los pocos vestidos que tenía.

¡Ah! sin duda alguna, había prometido solemnemente a su madre cuidar de la vejez de su padrastro y no abandonarlo. Pero ahora se veía en la necesidad de violar su juramento para no exponerse voluntariamente a su perdición.

Los pensamientos se sucedían rápidamente en el cerebro de Ogott, y la acción seguía de cerca a la reflexión.

Había soportado ya tantos malos tratos y debía atenerse a tantos otros, que la idea de la fuga le inspiraba un aumento de valor, y esa confianza en sí que posee siempre una mujer cuando sabe que no debe contar sino con ella misma.

Por eso, cuando algunos instantes después salió de la casa y se dirigió a la cuadra, tenía tanta decisión como un hombre, si es justo decir que en semejantes circunstancias sea un hombre más capaz de resolución que una mujer.

—Abreme, ábreme, pues—gritó Omond siempre encerrado en el granero,—te siento andar todavía por ahí fuera.

—Aguarda a que ate el caballo; ha roto el cabestro y corre por el patio—repuso Ogott, que continuaba atando el animal al trineo.

—Abre, muchacha, o echo abajo a puntapiés la puerta—replicó Omond con voz atronadora.

—Te digo que aguardes que haya entrado el caballo a la cuadra.

Y recogiendo las riendas, sacó con un ligero latigazo la piel del viejo animal, que echó a andar sobre el hielo arrastrando el vehículo y a la que lo manejaba.

En aquel mismo momento, Ogott vió aparecerse delante de ella a Thor, que parecía brotar del seno de la tierra.

—Ya veo lo que tienes intención de hacer—dijo en voz baja, haciendo además de tomar la brida para detener el trineo;—¿lo has reflexionado bien? El hielo no está muy sólido: lo han agujereado los paisanos para pescar; este viejo caballo está derrengado y no podrá hacer el viaje.

—Comprenderás que hago lo que me place—replicó ella con sequedad.—Suelta el caballo para que pueda irme antes que Omond eche abajo la puerta del granero y llame a Niels. Lo que más me importa no es la vida; si el buen Dios quiere llamarme, cúmplase su voluntad; en nombre de Jesús, ve y trata de impedir que Omond me siga.

—No puedo hacer nada contra ese loco, pero puedo protegerte—repuso el joven con firmeza.

Y sin agregar una palabra más tomó las riendas y se colocó en el trineo detrás de la joven.

En seguida reanunció la carrera sobre el hielo.

Ya no era posible disimular por más tiempo la evasión.

Un segundo, después oyóse allá arriba, en el granero de la granja, un estruendo espantoso acompañado de la rotura de una puerta.

Omond, en efecto, la había hecho pedazos y vociferaba gritos de rabia, calculando con acierto lo que acababa de suceder.

Algunos minutos después, Niels estaba a su lado.

¡La joven había fugado con Thor! El hecho era evidente. Y a causa de ello, se pusieron otra vez de acuerdo para decidir lo que debían hacer.

Por la primera vez en su vida no tuvieron más que una sola voluntad, un mismo designio: la misma idea de venganza, pero no ya del uno sobre el otro.

Mientras que Omond, agitando los brazos en el aire, exhalaba su furor, Niels, más tranquilo, se había dirigido a la cuadra, sacando un caballo y lo ataba a un trineo.

No cambiaron sino algunas palabras para hacer zumba de que Thor no se había llevado el mejor caballo y el mejor trineo. Y luego se lanzaron con su vehículo sobre el hielo, ambos con la firme resolución de capturar a la joven. En cuanto a sus sentimientos respecto de Thor, no prometían nada de bueno.

Fué una desesperada carrera en la noche glacial.

En torno de ellos reinaba la obscuridad más completa, casi impenetrable, y el silencio de la muerte.

Las altas montañas encajonaban de uno y otro lado el frío, y las nubes espesas y negras formaban por encima una bóveda sombría.

No brillaba una estrella. Tan sólo el reflejo del hielo reverberante podía guiar su marcha.

Por otra parte, ninguno de ellos, ni perseguidores ni perseguidos, sabían a dónde iban.

Era una fuga loca en la que el terror por una parte, y el odio por otra, prestaban alas a unos y otros; éstos animados por el espanto, y aquéllos por la rabia; los primeros ansiosos de escapar, y los últimos ardiendo por alcanzarlos, sin que ningún otro pensamiento surgiera en sus almas.

—Detén—exclamó de pronto la joven, y tiró de las riendas con tanta fuerza que el caballo se paró de golpe;—¿oyes?

—Es el trote de la yegua—respondió Thor.—Han encontrado nuestra pista. No te queda otra cosa que hacer sino redoblar la marcha para conservar la distancia.

—Para, por piedad—prosiguió Ogott volviendo hacia su compañero su livido rostro.—Bajemos aquí. La selva está cercana y encontraremos en ella, gracias a la obscuridad, un seguro asilo. Si ellos nos alcanzan peligras tu vida; yo sola tendré valor para hacerles frente; pero me faltará si te supiera expuesto a sus iras. Dios me ayudará.

—No tenemos tiempo para discutir—respondió el joven volviendo a tomar las riendas.—Yo no te dejaré. Si Dios te ayuda, no me abandonará tampoco.

—Pero tú tienes todavía días felices por delante, mientras que yo...



—Yo no puedo tener felicidad si no la comparto contigo—dijo él inclinando a su oído.

—¡Oh, no digas eso!

—Lo digo en presencia de Dios.

—Que Dios decida entonces de nuestra suerte—exclamó ella suspirando y cruzando sus manos sobre el jadeante pecho. Y por primera vez contempló a Thor con mirada enternecida.

—De ahora en adelante nuestra suerte es la misma—exclamó él.—Dios nos otorgará su auxilio para que podamos soportar con valor nuestro destino.

Se levantó, arrebatado por nuevo brío, y fatigado al espumante caballo que hizo saltar en trozos el hielo, salpicando sobre Ogott y su compañero como una lluvia de estrellas.

Sin embargo, el pobre caballo exhausto, no tenía ya el vigor de la juventud que animaba a su guía. Se apartaba, y disminuía su marcha de distancia en distancia.

Paso a paso oían llegar tras de ellos a sus perseguidores. El más terrible obstáculo estaba aún por franquearse; quedaba allí donde el fjord se ensanchaba y dejaba el hielo de estar unido al golpe continuo de la corriente que lo levantaba arrancándolo de la orilla.

Por otra parte, los habitantes de las granjas situadas en la montaña habían hecho en aquel sitio multitud de agujeros en la masa helada para pescar los peces ocultos bajo de ella. Y era preciso seguir ese peligroso camino durante un cuarto de legua antes de llegar a la senda de tierra que conducía a la iglesia.

La ventaja que llevaban los fugitivos disminuía de minuto en minuto, y el espacio que los separaba todavía de sus enemigos se acortaba.

Thor miraba constantemente hacia adelante a riesgo de engeñecer con la reverberación del hielo, para no perder la senda; y a medida que aumentaba su ansiedad, perdía ánimos y las riendas se aflojaban entre sus dedos temblorosos.

Por otra parte, no cesaba de pensar que la joven sería su esposa si la salvaba. Y esta idea volvía a darle ánimos; pero cuanto mayor se le mostraba la felicidad en el horizonte, mayor era el desaliento que se apoderaba de él, porque la responsabilidad que tenía en aquel instante supremo le aplastaba el corazón como hubiera podido hacerlo una mole de piedra.

De pronto, el viejo caballo dió un brinco hacia un lado y se detuvo temblando todo él, con visibles muestras de espanto. Su crin se agitaba nerviosamente, empujándose sus orejas y estremeciéndose su hocico.

En el mismo instante, de un soto de pinos que cubría una hendidura de la roca salió un lobo enorme que se lanzó al hielo dirigiéndose hacia la orilla opuesta del fjord, prorrumpiendo en prolongados aullidos.

El pobre rocín se agitó con un estremecimiento convulsivo, y retrocedió; pero un segundo después se irguió sobre sus patas de atrás, lanzó un relincho tan vibrante como el de un potro, y arrancó en seguida con ímpetu furioso y con la rapidez del viento.

Thor ya no veía, ni oía más nada. Tiraba de las riendas con tanta fuerza que le cortaban los dedos. Pero el viejo animal era un rebelde a todo. Corría y corría sin oír más que la voz de su instinto de conservación, adviniendo que se trataba de una lucha a muerte.

El caballo continuaba su desenfadada carrera, con las orejas siempre levantadas y el freno cubierto de espuma; pero a despecho de su energía, su andar se hacía cada vez más irregular y más lento. Había tenido fuerzas para substraerse al peligro, pero no podía triunfar sobre los años.

Cuando llegaron al sitio donde el golfo se ensanchaba más, Thor logró dominar al caballo. Luego, deteniéndole, trató de cerciorarse de si el camino que seguían era el que, según él creía, conducía a la casa parroquial, que ya no podía distar mucho.

El joven y la niña escuchaban con ansiedad; pero ningún rumor vino a herir sus oídos, ningún eco llegó hasta ellos.

Todo estaba mudo, todo parecía amenazador.

—Habrán reflexionado y vuelto atrás—dijo Thor.

De pronto corrió sobre el hielo un ruido estridente, que arrastraba lentamente e iba de una orilla a otra imitando el sonido de una cuerda de violín que estalla bruscamente.

Es el hielo que cruje—dijo Ogott aterrorizada. Y se arrojó a su compañero.

—¡Hop!—gritó Thor, haciendo andar de nuevo el caballo.

El animal tuvo todavía fuerza para dar uno o dos pasos sacudiendo su crin, luego una humareda de vapor salió por sus narices, y cayó muerto.

El joven se precipitó de un salto fuera del trineo, y trató con toda su fuerza de levantar a la pobre bestia. ¡Ay! toda tentativa fué inútil. El fiel servidor había agotado todo cuanto le restaba de fuerzas y de vida para salvar a sus amos.

La joven bajó a su vez del vehículo y acarició cariñosamente con sus manos el flanco todavía humeante del valeroso animal.

Con lágrimas en los ojos se inclinó la niña sobre el cadáver de aquel amigo, mientras que Thor permanecía algo más lejos contemplando la escena conmovido.

El presentimiento de una gran desgracia apoderóse entonces de sus almas delante de aquel fúnebre cuadro, y el pálido firmamento, cubierto todavía de parduzca bruma, no parecía ofrecerles ningún horizonte de esperanza.

Cuando por último apareció la aurora, hallaron la senda que conducía a la parroquia, donde llegaron de la mano antes de mediodía.

Encontraron a su paso muchas caras de asombro, porque no era costumbre que un joven y una joven se presentasen de aquella manera ante el párroco, aunque fuera para unirse con un vínculo eterno.

Ordinariamente el novio venía delante, y la novia, muy tímida, atrás y a alguna distancia. Mas Thor y Ogott acababan de efectuar aquella terrible carrera de muerte, y las tinieblas y los terrores los habían vuelto

LA HONRADEZ



—Mira, lo primero es ser honrado. Ayer un cliente se equivocó en un pago y me dió mil pesos de más. ¿Sabes lo que hice?

—Devolverlos.

—No, hijo, entregarle quinientos a D. Rafael, que, como sabes, es mi socio.

despreocupados con los pequeños detalles, a los que generalmente se da tanto valor en esta vida.

Sabían que llegando a la iglesia de la mano, su casamiento debía abrirles una existencia nueva, grave y pobre a la vez. Pero también sabían que en su recíproco afecto hallarían verdadera felicidad, y que juntos eran capaces de afrontar todos los obstáculos y privaciones.

Y esta certeza robusteció sus ánimos, dándoles esperanza.

Los dos hermanos no habían regresado a la granja y nadie sabía lo que había sido de ellos.

Por más que Lars Björn había arrojado sus almohadas al medio de la cocina y arrancado la paja de sus colchones, y por más que clavaba sus ojos inyectados en sangre a cuantos se le acercaban, no tuvo más remedio que convencerse de que su mejor caballo y su mejor trineo habían desaparecido con Omond y Niels.

Un misterio profundo e insondable envolvía este acontecimiento.

Aquel crujimiento del hielo que habían oído Thor y Ogott, no había separado únicamente las dos orillas del golfo, sino que había marcado también la separación del invierno y la primavera; y después de los primeros días de agitación, las aguas habían proseguido su curso.

Cuando el viento volvió a soplar de nuevo libremente sobre el fjord, empujó hacia la orilla los cadáveres de Omond y Niels, tan estrechamente abrazados en el supremo abrazo de la muerte, que nadie pudo separarlos.

Así es que en el mismo sitio en que el pobre caballo que había servido para escapar del peligro a Ogott y Thor sucumbiera, la muerte en su ciega saña había segado a un mismo tiempo la existencia de los dos hermanos y se había nutrido en medio de la noche con aquella triple presa.

Mas ¿qué significación debía darse a aquel inseparable abrazo de los dos mellizos?

Era prueba de una reconciliación repentina en la hora fatal, o de un último combate en el cual ninguno de los dos había querido permitir al otro el logro de su objeto?

En la granja de Lukné tomaron las cosas un aspecto lúgubre.

Los dos hijos de Lars fueron enterrados con pompa; y la cerveza de los funerales bebida en aquel día tuvo un sabor amargo, hasta para Lars, que se había jactado de que la bebería.

Ogott permanecía en la casa parroquial, pero le había mandado avisar a su padrastro, a quien hizo preguntar al mismo tiempo si deseaba que volviese a la granja para ocuparse de las tareas de la casa; pero su benévolo ofrecimiento fué acogido con una desdenosa negativa.

Por eso no abandonó la casa parroquial. Así se pasó el estío y llegó el otoño. La lluvia, las tormentas y las neblinas sucediéronse las unas a las otras, envolviendo las montañas con un manto gris.

En Lukné el aspecto general era todavía más triste. Lars guardaba cama constantemente, y los cuidados que se le prodigaban eran escasísimos. Los criados, aisladamente o de común acuerdo, no hacían ya sino lo que querían. Lars Björn los había tratado durante tanto tiempo como a perros, y ahora ellos a su vez le pagaban en la misma moneda.

Si no se contentaba con los platos que le dejaban sobre la mesa, peor para él. Los alimentos quedaban allí sobre la mesa hasta la próxima comida, y si él no los tocaba, comensales que nadie había invitado se aprovechaban descarada e impunemente de ellos.

Entonces el carácter furibundo del cultivador se desencadenaba; se levantaba con rabia frenética y se abandonaba, no ya a un combate como lo hiciera en otros tiempos con el oso, sino a una cacería inútil y desesperada contra dos ratas que se despedazaban a mordiscos, porque ninguna de las dos quería dejar a la otra nada de los restos de la mesa. No se preocupaban de las amenazas de Lars ni de sus gritos, y cuando se convenció de que nada podía contra aquellas malditas bestias, sintió un escalofrío que le heló hasta los huesos, y por primera vez tuvo miedo, un miedo espantoso.

Sin embargo, las noticias de Lukné eran tan poco tranquilizadoras, y mencionaban hechos tan extraordinarios, que Ogott tomó la resolución de agotar todas las consideraciones para obligar a su padrastro a que aceptara los cuidados de que tenía tan urgente necesidad.

Era casi de noche cuando llegó a la granja. El crepusculo invadía ya el dormitorio de Lars cuando la hija de Ingeborg penetró en él. Una atmósfera pesada y metafísica se le introdujo en la garganta y estuvo a punto de asfixiarla.

Lars Björn estaba tendido sobre su cama, con los ojos cerrados; las facciones convulsas parecían más las de un muerto que las de un vivo, aunque los jadeos de su pecho denotasen que la vida no le había abandonado aún.

Al verle Ogott no pudo contener las lágrimas, y mató con asco un insecto que corría por la cara de Lars Björn. Entonces Lars abrió los párpados y observó largo tiempo a Ogott, como reflexionando. Y cuando todos los recuerdos del pasado se agolparon en tropel a su memoria, clavó sobre ella sus amarillentos ojos, relampagueando con su vieja ira, crispó el puño y dejó caer pesadamente el brazo sobre la cama.

—Tú has asesinado a mis hijos—dijo con voz ronca.

Ogott retrocedió con espanto.

—He querido cumplir con mi deber—dijo suspirando.

Y se dirigió lentamente hacia la puerta. Entonces tuvo Lars la plena conciencia de su miserable situación irremediable, se incorporó apoyándose sobre sus manos, sacó la mitad del cuerpo fuera del lecho y miró fijamente a Ogott. Luego, cuando la vió tomar el picaporte, lanzó un grito que remedaba el alarido de un lobo al que no permiten moverse sus heridas.

Entonces recayó sobre el lecho, exhausto, convulso y lloró.

La fuerza que por tanto tiempo había sostenido a Lars Björn se desmoronaba. Desde ese día empezó a cambiar. Ogott quedó en Lukné. Se abrieron las puertas, se barriaron los rincones, se sacudieron los resquicios, se le sirvió a Lars alimentos sanos, y una mano amiga le ofreció bebidas refrigerantes; dos ojos impregnados de dulzura velaron sobre él con tanta paciencia y asiduidad, que al fin se encontraron con una mirada de agradecimiento.

Y entonces comenzó una vida de paz y de tranquilidad como no se había visto nunca en Lukné; vida de abnegación en la que el alma hallaba consuelos y alas para levantarse.

Lars permanecía siempre estirado en su lecho de dolor, pero ya aceptaba con gratitud todo lo que se hacía por él. Aquel carácter duro e inflexible se había ablandado. Había llegado la hora del arrepentimiento. Ya no pensaba más en su combate con el oso, y sabía agradecer como un beneficio los alimentos que se le alcanzaban, aunque eran de su propia mesa. Había sido necesario que la adversidad lo abrumara, para hacerlo caer de rodillas y para comportarse con humildad con los que no buscaban más que su tranquilidad y su dicha.

Era aquel un cuadro mudo, el cuadro del pecador arrepentido rogando al cielo en voz baja que pusiera fin a aquella lucha del alma con el cuerpo.

Su plegaria fué escuchada, porque antes que volvieran los primeros frios Lars murió.

Su última voluntad fué que sólo Thor y Ogott heredasen la granja de Lukné y sus demás bienes. Y cuando se adormeció en la paz eterna, manos amigas fueron las que le cerraron los ojos.

Pasaron muchos años. El sol derramaba de nuevo sus ardientes rayos sobre la montaña y la llanura. En el océano azul del firmamento flotaban, semejando manadas de carneros, grandes grupos de nubes de blanca nivea. Las golondrinas revoloteaban yendo y viniendo de un lado al otro con la rapidez de las flechas; exploraban, lanzando grititos, los centros de una nueva granja que se acababa de edificar y que se levantaba majestuosamente sobre sus cimientos de granito. Sobre el ribazo ostentábase una casa-habitación bañada por la luz alegre y cálida. Era la nueva granja de Lukné. Voces gárrulas y risueñas resonaban por doquiera; el hacha se encajaba en los troncos añosos, y los trozos de madera alfombraban el suelo casi por completo.

En lo más alto de la techumbre se alzaba una larga barra de hierro que parecía subir hasta el cielo azul, y al pie de ella tres hombres parecían activamente ocupados en una tarea importante. Y por cierto que debía de ser mucha su importancia, porque todos los asistentes tenían alzados los ojos hacia allí, con impaciente curiosidad.

En medio de aquellas personas, pero un poco aparte, estaban Thor y su mujer.

El demostraba gozar de fuerza y de salud, y las miradas que fijaba en los trabajos denotaba el mayor interés.

Ogott estaba algo pálida, pero tan lívida como antes. Tenía en los brazos un niño de rubia cabellera, que escondía la frente en el seno maternal; y al lado de ella veíase otro pequeñuelo de tres años, cuyas manos jugaban con el delantal de la joven madre, mientras que contemplaba con grandes ojos y la boca abierta la maniobra del techo.

De pronto una corona de hojas verdes lució en la punta de la barra de hierro y un ¡hurra! formidable resonó en la llanura y la montaña.

Hízose circular los vasos en rueda, y se trincó a la salud de los jóvenes propietarios, y por la prosperidad de la nueva casa.

—Demos gracias a Dios que nos ha otorgado tanta felicidad—murmuró Ogott, sonriendo a Thor, mientras que estrechaba a sus hijos contra su corazón y dejaba caer una mirada sobre la antigua granja que había sido testigo de tantas tristezas y luchas y en la que no había mucho crecido todavía la planta de la desdicha, cuyas raíces a veces se perpetúan sin remedio. Mas cuando el gozoso ¡hurra! la hizo volver de pronto en sí misma, Ogott transportó sus pensamientos al presente. Dedicó a la vieja casa una lágrima y un suspiro, y saludó a la nueva mansión con suave y silenciosa sonrisa.

Magdalena THORESEN.



ACTUALIDAD EXTRANJERA



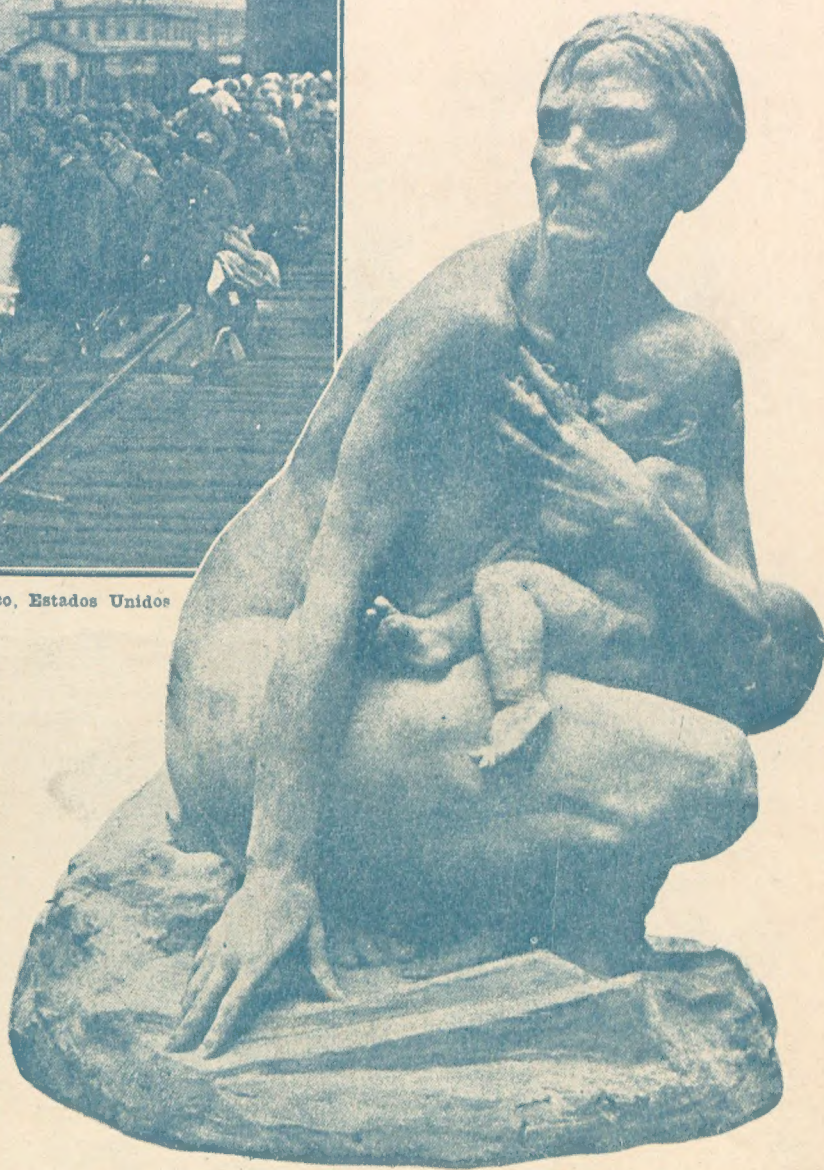
En el hospital norteamericano de Auteuil, Francia, un soldado divierte a sus compañeros heridos o enfermos, cantando la última canción popular de Nueva York.



Soldados franceses, veteranos de la guerra en Europa, en los muelles de San Francisco, Estados Unidos donde se embarcaron para Siberia.



Niños de Nueva York, huérfanos de uno o de ambos padres a causa de la epidemia de influenza que asoló esa ciudad. Fueron recogidos por familias del oeste del país.



"Bélgica, 1914", obra del escultor norteamericano Jess M. Lawson, expuesta últimamente en Nueva York.

Del cine

norteamericano



CHARLES RAY